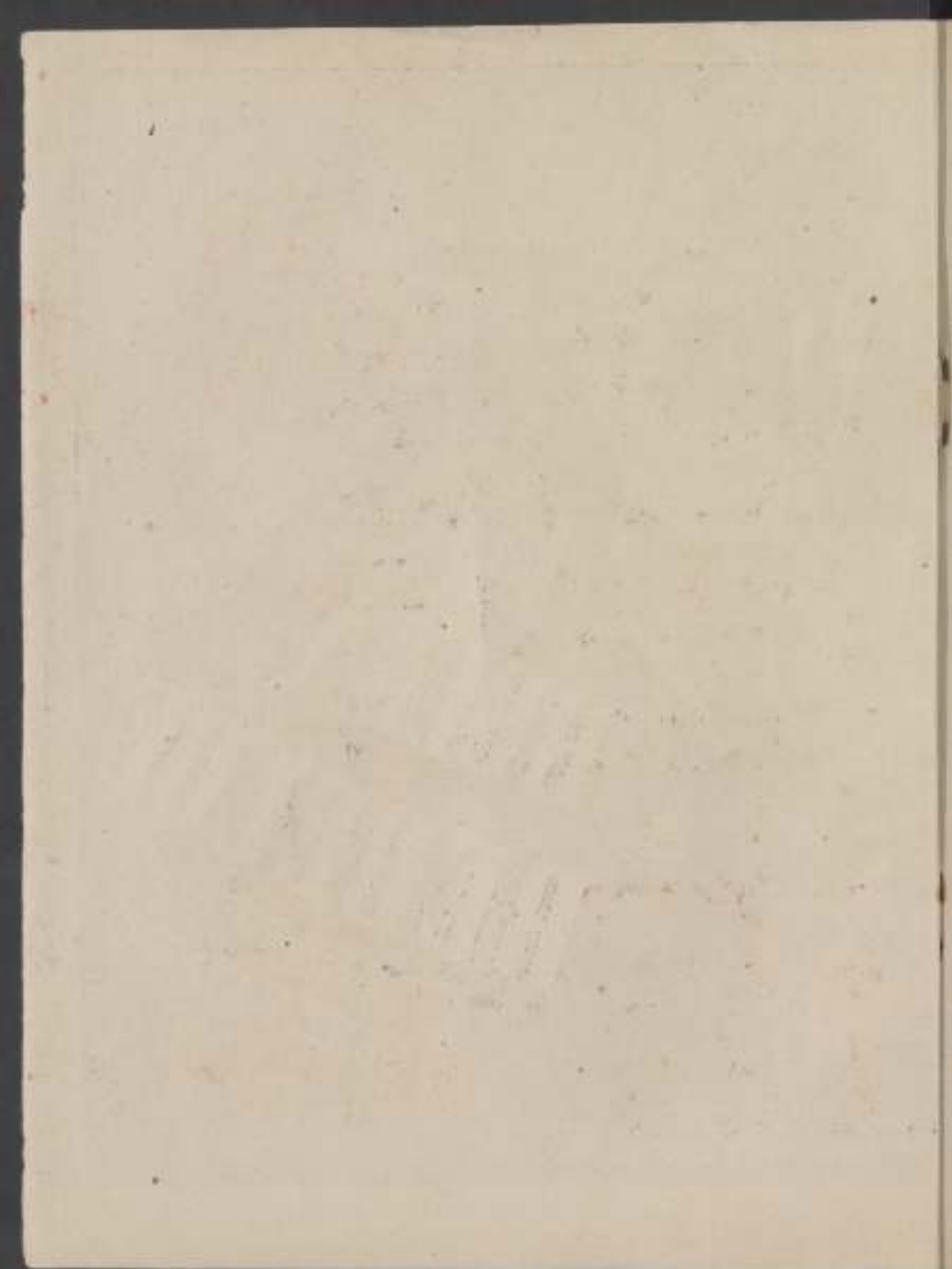


EDICIONES BIBLIOTECA FILMS  
Serie ★ Alfa



Editorial **ALFA**





LA BELLA  
REBELDE



Reservados los derechos de  
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.  
Valencia, 234 - Teléfono 78657  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER  
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACION, REDACCION Y TALLERES:  
Valencia, 224 - Apartado Correo 707 - Teléf. 70057 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Barbá, 16, Barcelona - Telmex, 17, Madrid

EDITORIAL  
"ALFA"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 41

NUM. 307

## LA BELLA REBELDE

El amor entre alegres carcajadas. La alegría entre el más intenso de los amores. Este es el argumento de la película interpretada por la deliciosa Ann Southern y el interesante Gene Raymond. Es una lección de energía, en la que una muchacha arruinada logra triunfar en la vida.

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid  
Bilbao  
Sevilla  
Valencia  
Las Palmas  
Palma de Mallorca  
Portugal



Di-tribuida en España por

**RADIO FILMS**

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

**INTERPRETES PRINCIPALES**

<i>Carol Rogers</i> . . . . .	ANN SOTHERN
<i>Puller Partridge</i> . . . .	GENE RAYMOND
<i>Jane, tía de Carol</i> . . .	Helen Roderick
<i>Waldo</i> . . . . .	Victor Moore
<i>Chafee</i> . . . . .	Billy Gilbert
<i>Rodger</i> . . . . .	William Brisbane
<i>Nick, droguero</i> . . . . .	Parkyakarkus
<i>Médico hipnotizador</i> . .	Solli Ward

Autor:

**Joseph Hoffman**

Director:

**Joseph Stanley**

Productor:

**Albert Lewis**

Narración literaria de  
**JOSE REYGADAS**





# LA BELLA REBELDE

## RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### LA SEÑORITA CAROL ESTA ARRUINADA

**L**A vecindad de Long Island; pacífica y burguesa, siente esta mañana que algo extraño altera sus costumbres.

No es el clima, afortunadamente primaveral en esos días, el que ha roto la calma del ambiente; no es tampoco ningún suceso extraordinario, que llegando desde la capital haya podido cambiar súbitamente la placidez del barrio neoyorquino; ni siquiera uno de esos crímenes brutales que levantan los ánimos más febles.

Nada de eso. En apariencia Long Island sigue desarrollando su vida cotidiana. Es amable, tranquilo, silencioso. Sus avenidas, bordeadas de

acacias y eucaliptos, no se sienten turbadas, como en Londres, por el tráfico que alza nubes de polvo en su carrera; ningún ruido exterior viene a alterar el hondo sosiego circundante.

Porque Long Island es un remanso en medio de la urbe. Por esa fama bien ganada de quieto y apacible, atrae y tonifica. Espíritus nerviosos, almas inquietas, cuerpos abatidos en la dura pelea por la vida, acógense al reposo que ofrece Long Island. Del mismo modo, invita al trabajador intelectual, asegurándole que nada más propicio para su labor inteligente, que aquella paz que respira en él.

Pero sucede, a despecho de es-

tas realidades, que en tal día como hoy, Long Island hállase bajo el peso de un raro suceso, insólito en el barrio. La mansión de la señorita Carol Rogers, juguete de carne, hermoso y joven, rompe la sensual monotonia en que como todas las mansiones colindantes desenvolvía su vida acostumbrada.

Carol no percibe lo que sucede en su palacio, hasta hoy de ensueño y de ilusión, y duerme dichosa todavía sobre su gran lecho de plumas, digno de la hija de un nabab. Acaso sueña con algún príncipe encantado de leyenda, o tal vez, aunque más prosaico no menos interesante para ella, con un rey de cualquier cosa menos fantástica y más utilitaria. Por ejemplo: con un rey del chocolate —por quien la señorita Carol siente desvanecimientos de inapetente caprichosa— o por el rey del tisú, por el que también, viendo reflejarse en los espejos su bello cuerpo de chiquilla, finge coquetearias de indumentarias voluptuosas.

Lo cierto es, sin embargo, que aquella mañana de primavera fragante y soleada, unos hombres crueles y arbitrarios, han irrumpido en su palacio como irrumpe Pedro por su casa, sin consideración a que ella duerme y sueña, ajena a lo que ocurre.

Y lo que ocurre es trágicamente extraordinario. Que el padre de Carol ha fallecido en la más completa de las ruinas. Claro que Carol, criada en el regalo y la molicie y, lo que es más disculpable aún, en la ignorancia de los negocios de su padre, no podía prever el cataclismo.

Ayer precisamente llegó de un viaje por Europa. ¡Se divirtió!... No dejó capricho sin gozar. Londres, Berlín, París... Paseó su silueta moderna y elegante por los grandes bulevares y almacenes, comió en los restaurantes más famosos, bailó en los salones más aristocráticos..., hasta tuvo tiempo de aburrirse de la manera más gentil...

Jane, la tía de Carol, hermana de su padre, que estuvo siempre al lado de ella en los momentos más difíciles, corre de una parte a otra de la casa detrás de aquellos hombres absurdos y molestos.

Estos hombres son los acreedores del padre, y, por consecuencia, de la hija. Sin respetar que ésta descansa, el mueblista, a quien acompañan tres obreros, carga con los muebles; el droguero busca inútilmente algún resto de los comestibles servidos e impagados; el modisto reclama a grandes voces el importe de sus carísimos vestidos, no



accediendo al arreglo que otro de los acreedores le propone.

La tía Jane, que adora a Carol, impone, enérgica, silencio.

—Van a despertar a mi sobrina.

Nisk, el droguero, comenta en son de chanza:

—¡Silencio! No perturben el sueño de la señorita de la casa.

Y el mueblista añade, haciéndose eco de la burla:

—Aun no son más que las doce del día.

—¡A callar, buitres!

—Buitres, ¿eh? Su difunto hermano tuvo a bien morir sin pagarme los muebles.

—Y no dejó un centavo para pagar sus deudas.

—¡Y la hija es como el padre!

La tía creyóse en el deber de salir en defensa de Carol.

—Ella ni sabe la situación en que ha quedado.

—¡En qué hemos quedado!—rugió el acreedor más impertinente.

—Con los vestidos de última moda que le di al fiado—prorrumpió Roger, el modisto, que a todo trance quiere hacer efectivos sus importantes créditos.

—¿Usted? Carol le compro sus vestidos a madame Helen.

—Yo soy madame Helen—replica aquél, a quien nadie en verdad

tomaría, en honra suya, por una de esas andróginas figuras tan frecuentes en la citada profesión.

Los mueblistas continuaban con porfiado afán desamueblando habitaciones, y el droguero buscando comestibles.

—Ustedes—decía éste ante su fracaso irremediable—recuperan lo suyo; pero, ¿qué recupero yo, infeliz, que devoraron mis artículos?

Jane clamaba suplicante:

—No la despierten, que llegó anoche del viaje a Europa muy cansada.

Los acreedores no le hacían caso.

—¡Que no sabe que está arruinada!

—¡Pues que despierte!—exclamó un innominado acreedor, enfrascado en la tarea de descolgar algunos cuadros.

Al fondo del salón la alcoba de Carol, respetada hasta entonces, se ofrecía a la voracidad de los iracundos demandantes. La tía temblaba sólo a la suposición de que algunos de aquellos monstruos quisiera traspasarla y, vigilante, decidida a impedirlo a todo evento, no se separaba de la puerta.

Y, en efecto, el momento temido surgió inopinadamente. Caffee, el mueblista, olvidando toda consideración y el mínimo de respeto que

se debe a una señorita, estando esta señorita además en su dormitorio recogida, trató de violentar la entrada dentro de la alcoba de Carol.

La tía Jane en el umbral, los brazos en cruz, y dando a su voz un

tono dramático muy propio de las circunstancias, exclamó con resuelto ademán de actriz en una de sus escenas más patéticas:

—¡Antes tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

# SE TURBA EL SUEÑO DE CAROL

**P**ERO afortunadamente, no pasaron.

El mueblista franqueó la puerta que conducía a la alcoba de Carol, entró en ella, llamó a dos de sus obreros y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, cargaron con la cama, sobre la cual la bella criatura dormía, ignorante y coriñada.

Seguidamente, de esta forma, salieron al salón y, sin que despertase de su sueño, dejaron «todo», cama y bella ex millonaria, en medio de la estancia.

¡Debió ser muy profundo el sueño de Carol para que no se despertase! ¡Hombres insensibles y vulgares! ¿Cómo era posible verla y no sentir un átomo de espiritualidad en su presencia? ¡Estaba tan bonita!...

Sus crenchas rubias y un tanto revueltas, servían de marco al rostro más interesante que puede imaginarse. Con los ojos cerrados, desmayada la cabeza levemente sobre el almohadón de fina holanda, nadie diría que era una mujer, sino una muñeca sensible y sensitiva. Su respiración era tan tranquila como el andar lento y monocorde de su corazón...

Algo extraño en desacuerdo con su reposo acostumbrado, la hizo de pronto abrir los ojos y pasear por el salón la atenta mirada sorprendida. ¡La hizo abrir los ojos en cuya linfa azul quebróse la viva luz de la mañana!

¡Pobre Carol, que todavía no se había dado cuenta de la tragedia de su vida!

Al principio creyó que estaba en su alcoba, como siempre; después, que algún fenómeno de taumaturgia o una mano de desconocido poder de abracadabra la había transportado por los aires, como si ella y el mismo lecho fueran de una suprema ingravidez, hasta dejarla suave y misteriosamente en el salón; luego...

¡Ah! ¿Quiénes eran aquellos hombres infernales y atrevidos que entraban y salían por las habitaciones de su hogar? ¿Con qué derecho profanaban su perfumado gabinete de soltera? ¿Y cómo ella misma estaba allí, ante su vista, en el salón, y por qué cargaban con sus muebles y sus cuadros?

Se pasó la mano por la frente —obligado movimiento en estos casos— e interrogó con la mirada a tía Jane.

Al mismo tiempo que todo esto ocurría con mayor rapidez con que se cuenta, un nuevo acreedor llegaba a la puerta de la casa, abierta a todo el que quisiera entrar en ella.

—¿Hay alguien aquí?—preguntó sorprendido de hallar la entrada franca.

Después, aventurándose hacia adentro, volvió a preguntar, más sorprendido aún al observar aquel maremágnum con el que seguramente no contaba:

—¿Está de mudanza la familia?

Era un acreedor con aire de optimista en su semblante simpático y risueño.

Al llegar al salón comprendió el gracioso drama que estaba presenciando. Primero vió a la tía Jane, por la que sintió rápidamente eso que llaman un flechazo de amor; luego a Carol, que ya en pijama, asistía, de un modo impasible, al desmoronamiento de su hogar. Y aguardó los acontecimientos, impasible también.

—¡Ese pijama es mío!—decía Rodger, pretendiendo más tarde que Carol se desnudase la joyante crenda mañanera.

La tía, un sí no es bromista, le advirtió:

—Este señor es madame Helene.

—Pague lo que su padre no pagó.

—No ose hablar de mi padre. Cobrarán hasta el último centavo.

El tendero terció:

—¡No queremos centavos, sino dólares!

—¡Es como su padre, una aprovechada!

—Haré que ningún modisto la lleve ni un vestido.

—¡Y yo me encargaré que no la den a crédito un arenque!

El impasible acreedor intervino dubitativo, queriendo hacer papel de redentor. Las cosas podían arrie-



glarse en bien de todos. Pero los muebles habían desaparecido de la casa; en la cocina no quedaba ni una cacerola, viveres no habían... Era la ruina sin atenuantes, en toda regla ya.

—¿Por qué no me dijo papá la verdad? Yo hubiera podido trabajar.

—Tu padre no quería angustiarte, Carol.

—Y, sin embargo, hay que pagar esas deudas de algún modo.

—Sí, pero antes nos desayunaremos.

—Yo no tengo apetito.

—Tienes que comer algo. Ve a vestirme; en tanto yo pasaré unos huevos por agua.

Carol se resignó pensando que encontraría un medio para salir de aquel apuro. Lo que más le contristaba era contemplar su casa desnuda, como esos pisos que están por alquilar, tan llenos de tristeza. En tin... Vería si la habían dejado algún vestido que ponerle.

Cuando iba a salir, se presentó el acreedor optimista, silbando alegremente.

—Yo soy Waldo Eddington. Conozco el problema. Sé que están con el agua al cuello, ¿no es así?

Las dos mujeres miráronle, curiosas.

—Aludo al estado financiero.

Carol optó por retirarse.

Waldo y Jane entonces pudieron hablar con más sosiego. El tenía su plan. Ciertó que, asimismo, poseía algunos pagarés extendidos contra el señor Rogers, sobre el cual, una vez difunto, no se podía ejecutar. Pero allí quedaba su heredera, fragante rosa que podía unirse a un millonario.

—Creo que he hallado una solución que nos conviene.

—¿Cómo?

—Se me ocurrió al ver a miss Carol. Si la manejamos diestramente llegará a la meta.

—¡Eh, que mi sobrina no es ningún caballo!

Waldo aclaró el concepto vivamente.

—Es mi modo de hablar. Soy apostador. Por meta quise decir el altar, señora mía.

—¿Y qué le hace creer que Carol llegue a la meta, es decir, al altar?

—Todo se sabe. ¿Cree usted que yo no leo los periódicos? ¿Acaso no corteja a su sobrina el dueño de unas minas de Sud-América?

—Pero Carol no le hace caso, a pesar de todos sus millones.

—¡Debe corresponderle! Yo no me resigno a perder mi dinero.

—Son pagarés, ¿eh?

—Naturalmente. El señor Rogers lo perdió todo en las carreras... En



conclusión, ¿qué me dice de ese sudamericano?

—Nada; ya lo sabe.

—Yo, en lugar de ella, me casaría con él. ¿Qué dice a eso?

—Pues cátese con él.

—¿No quiere usted pagar todas sus deudas?

—Sí; pero ¿quién va a casarse con ella si no tiene ni dónde recibir al novio?

Waldo, que para todo hallaba solución, agregó sin darse por vencido:

—Eso lo arreglo yo. Convocaré una junta de acreedores y haré que la devuelvan los muebles.

Jane se encaminó hacia la cocina y Waldo la siguió. Aquí reinaba la desolación más espantosa. Como si un tifón hubiera pasado por allí, nada quedaba en su lugar. Todo había volatilizad o como por arte de encantamiento o brujería. Las salseras, las finas cacerolas, los juegos de bruñido aluminio, los convoyes de vivo cristal resplandeciente con cenefas pintadas, los platos de rico barro trabajado y cocido que fueron embellecimiento de la mesa, las fuentes, cuya transparencia solamente daba deseos de comer esos manjares cuyo exotismo alegra la mirada...

Las manos de rapiña de los acreedores inclementes habían arrambla-

do con todos los enseres. Acaso en un rincón, abandonado por inservible o fastidioso, yaciese, melancólico, sintiendo la nostalgia de sus colaterales, huido acaso para siempre, un plato huérfano, desportillado y carcomido, o algún puchero viejo con agujeros y sin asas.

Casi al mismo tiempo que Waldo y que la tía, entró Carol en la cocina. Su semblante no acusaba desesperación ni malestar. Por el contrario, se mantenía en actitud digna y entera. Tal vez sus ojos, velados levemente, exteriorizaban cierta angustia en un ligero temblor de las pupilas.

Antes de la llegada de Carol, Waldo, echándose mano a la cartera, entregó a la tía su tarjeta.

—Tenga mi dirección. Si quiere puede avisarme el resultado.

Y salió pimpante y optimista.

En este momento hizo su aparición Carol en la cocina.

—¿No nos queda ningún dinero, tía?—preguntó la ex millonaria fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

—Sí; tenemos un dólar y sesenta y dos centavos por caudal.

—¿Tú bromeas!

—Yo no bromeo por menos de veinte dólares, Carol.

Seguidamente ofrecióla una taza con café.

# HAY QUE PAGAR

CAROL rechazó el ofrecimiento que la hacían.

—¡Café! Tú sabes que no puedo con él.

—Se me había olvidado. Tomaremos champán en adelante.

—No creí que estuviéramos tan mal.

La dura realidad de su apurada situación se enseñoreaba de su alma. Al principio pensó que su padre habría dejado algunas deudas, mas no tantas. Indudablemente, todo debía estar hipotecado. ¡Pero hasta los utensilios de cocina! ¡Era increíble, bochornoso!...

—Bien... —exclamó inclinando la cabeza y aceptando la responsabilidad de la catástrofe—. No creí que estuviéramos tan mal...

—Yo no trato de animarte a que

te cases con ese sudamericano—dijo Jane «dejándose caer»—, pero, al fin y al cabo, es simpático, te quiere y tiene muchísimo dinero.

—Prefiero trabajar y sostenerme por mi misma—repuso la muchacha con un acento que la honraba.

—No sé... Yo preferiría que me sostuvieran... digo yo.

—Tía...—y Carol levantó la voz, un poco contrariada—. Soy joven, resuelta y no me será difícil encontrar trabajo. Trabajaré y pagaré todas las deudas.

—¿Con dieciocho dólares de sueldo?

—Sea como sea, he de trabajar.

Waldo, antes de abandonar la casa por completo, tuvo un pequeño diálogo con los demás acreedores.

—Sólo uniéndonos recuperare-

mos lo perdido. ¡Hay que devolverle los muebles!

—Ni en broma — replicó el interpelado, rechazando tal proposición — A mi mujer le gustan mucho.

Waldo desistió de insistir, y dando forma a una idea que había concebido, hizo girar el disco telefónico.

—Mr. Fuller Partridge al teléfono. Diga usted.

Mr. Fuller estaba en su oficina casualmente. Su casa, conocida en todo Nueva York, era un importante centro comercial relacionado con todos los Estados de la Unión por su acometividad en los negocios y el capital que desplazaba.

Constantemente lanzaba nuevos productos al mercado o hacía, con los lanzados ya, nuevas experiencias.

Por otro lado, Mr. Fuller, joven, buen mozo, mundano y peligrosamente irresistible, se captaba al momento, por su simpatía y elegancia, el ánimo del cliente más inabordable y, no hay que decir, que la aceptación de la cliente más acozada.

Waldo, pegado al auricular, celebró haberle encontrado en la oficina, desbordándose en lisonjas y zafemas.

—¿El ricachón de Fuller Partridge?

—¿Qué tal, Fuller?... ¿Cómo?... ¿Quiere usted deshacerse de «Lady Linda»?

—Sí, vendo todos mis caballos — repuso Fuller — He comprendido que no se avienen las carreras y el café.

—El deporte le echará de menos. ¿Eh?... ¿Cómo?... ¡Ah! No. Yo no puedo comprarle «Lady Linda».

—Preferiría vendérsela a usted.

—Si sé de algún comprador se lo comunicaré a su secretaria.

—La despedí esta mañana. Dé el recado a la telefonista.

—Bien.

Waldo colgó el auricular y advirtió que el mueblista había estado atento a la conversación.

—¿Conoce a Partridge personalmente?

—Somos íntimos amigos — replicó Waldo pavoneándose — Y volviendo a lo de Carol Rogers, propongo que la costeemos la boda.

—¿Pretende que aún le demos dinero?

—Tiene que aparentar si quiere pescar al sudamericano — opinó el modisto.

—¿Cuánto habrá que darle?

—Unos quinientos dólares cada uno... así... para empezar.

—¿Y para acabar? — terció el

droguero, aceptando virtualmente el asunto.

—No lo sé. Puede que él tarde en decidirse.

—¿Y si no se casa con ella?

Waldo, que había guardado silencio esperando el desarrollo de los acontecimientos, exclamó:

—Yo me hago responsable; ¡A ver, contribuyan!

Por el momento, la cuestión estaba resuelta en beneficio de Carol. Los muebles volverían a su casa. Tendría comestibles. La cocina, cada utensilio en su lugar.

Y echó a correr en dirección de la importante casa comercial de Fuller Partridge. Halló a la telefonista en la cabina entretenida en maquillarse.

—Comuníqueme con Fuller Partridge.

—Pase usted.

Waldo entró en la oficina sin descubrirse, como era su costumbre.

—Hola, Fuller. ¿Encontró ya secretaria? No la busque. Yo le he encontrado una excepcional.

—¿Cómo está de taquigrafía?

Waldo, que era un ignorante en cuanto no se refiriese a cuestiones equinas, murmuró con la cara más simple que puede imaginarse.

—No tiene tal enfermedad.

Fuller no pudo reprimir una sonrisa.

—Bien —añadió Waldo, sospechando que había sufrido un contratiempo—. Inmediatamente tendrá aquí a Carol Rogers.

Y fué en busca de ella.



## AL QUE NO QUIERE CAFÉ...

**Y** A estoy aquí.  
Tía y sobrina quedaron mirando a Waldo atentamente.

—Hice el trato, gané medio caballo y tiene usted ya colocación.

Y viendo que Carol no se movía:

—Vamos, no hay tiempo que perder. Hemos de ver a Fuller Partridge.

Se dejó conducir. Una nueva vida se abría para ella. Las gentes y las calles le parecían diferentes. Arrastrada por Waldo, salvó avenidas cuyos rascacielos amenazaban—o así Carol creía—con derrumbarse sobre ellos.

—Aquí—exclamó el acreedor.

Estaban bajo un edificio imponente, cuya altura no se podía precisar. Ya desde el portal sintió Ca-

rol ruido de máquinas y timbres. Decidida a vencer, entró en el ascensor.

Mr. Fuller, sentado a su mesa de trabajo, recibióla con una sonrisa, haciéndola sentar. E inmediatamente abordó la cuestión, sin circunloquios.

—Tendrá mucho trabajo.

—No me importa. Y el sueldo, ¿cuánto es?

—No mucho al principio, pero si usted va progresando...

—Me aplicaré cuanto pueda, Mr. Partridge.

Waldo, que hecha la presentación, consideraba que su presencia allí ya no era necesaria, estrechó la mano del negociante, haciendo después una reverencia a la muchacha.

—Adiós, Waldo. Encárguese del



caballo, y mis gracias reconocidas por haberme traído a miss Rogers.

—No defraude mis esperanzas —dijo Waldo ganando la puerta del despacho.

—Haré cuanto esté en mi poder.

Una vez solos Fuller y Carol, aquél presentóla diversas tazas de café puestas en forma circular, indicándola, con un sencillo gesto, que bebiese.

—Gracias, ya me he desayunado.

—No es desayuno, miss. Esto forma parte del trabajo que voy a encomendarle. Hay que comparar todas estas muestras de café.

—¿Tengo que tomármelo todo?

—Casi todo.

¡Qué horror! ¡Carol que odiaba el café, puesta en aquel trance! Bebió — mejor dicho, probó — de la primera taza, y disimulando el efecto que habíala el brebaje producido, murmuró:

—No está mal.

—Esta es una mezcla de Santos, Yungas y Chunchamayo. Siga usted.

Cerró los ojos y bebió nuevamente de otra taza.

—¿Eh? — inquirió Fuller con un entusiasmo que ella no podía compartir.

—Este no parece tan excelente como el otro.

—Mezclados, sin embargo, dará

un resultado delicioso. Pruebe ésa de ahí.

—¡Exploto si tomo otra taza de café!

—Por la primera vez no lo hizo mal. Continuaremos por la tarde.

Carol respiró.

—Ahora a almorzar. Bocadoillos... y café, ¿no le parece?

Asintió. Sólo en una cosa discrepaba: en tomar más café. Aparte de esto, Mr. Fuller le parecía el jefe soñado, aunque fuera el primero con quien en su vida tropezaba.

Salieron, pues. La mañana, en sus primeras horas deliciosamente soleada, comenzaba a llenarse de algodonosos nubarrones que tomaban, según pasaba el tiempo, un tinte sombrío y ceniciento.

—Daremos una vuelta por el parque.

—Como guste usted.

Cogidos del brazo, como amigos de toda la vida, se encaminaron al parque, del que les separaba una distancia respetable. Pero ellos, afortunadamente, no se daban cuenta. Carol, de pronto, se detuvo.

—No puedo moverme.

—Ya irá acostumbrándose.

Empujada por él, pudo acelerar su paso menudo y vacilante. En unos minutos, lo que parecía tan lejano e inaccesible, fué alcanzado. ¡Ah,

el parque! Sin saber por qué, recordó su niñez y los primeros años de su infancia. Allí venía todas las tardes con su madre y jugaba con otras niñas de su edad, ricas como ella.

Fuller, ausente de lo que pasaba por el pensamiento de Carol, murmuró a su oído, complaciente:

—Acabará por gustarle su empleo, créalo.

Ella alzó los ojos.

—Sobre todo, el sueldo, ¿no es verdad?

—Lo importante es que le guste el trabajo y piense que sólo así podrá usted progresar.

Callaron brevemente. Adrede, Fuller habíala conducido a uno de esos parajes solitarios del parque en los cuales se extinguen los rumores y se vive una dulce intimidad.

—Empieza a llover — dijo Carol sintiendo que una lluvia fina mojaba su vestido.

—No importa. La lluvia es agradable.

Y como si en verdad le resultase simpática la lluvia, Fuller siguió hablando:

—El negocio del café, cuanto más se profundiza en él, resulta más romántico. ¿Usted ha visto un cafetal en flor? ¡Ah, en eso sí que hay poesía! Capullos en flor sobre un fondo verde perdido en todo el ho-

rizonte. Al contemplarlo, al aspirar su fragancia...

De improviso, estornudó.

—¡Caramba! He debido resfriarme.

En efecto, Fuller, sobre cuyo sombrero cala la lluvia de un modo implacable, tiritaba bajo su elegante traje de lanilla. Carol, con esa perspicacia que sólo tienen en ciertos momentos las mujeres, creyó, y no se equivocaba, que su jefe resistía, por el buen parecer delante de ella, aquella situación. Por decir algo, exclamó:

—Quizá tomó demasiado café.

—No; es la humedad. Con decirle que hasta en sueños me afecta...

—En ese caso, mejor será que subamos a un taxi. Nada, nada, iremos a su casa.

—Sí, será lo mejor. Y acompáñeme, que hay mucho que trabajar, Carol.

Abandonaron el parque hechos materialmente una sopa. Cruzó un taxi.

—¡Eh! Llévenos directamente a East End Avenue, número doscientos veintidós...

—¿Cómo ha dicho?—preguntó el chofer, que disfrutaba una sordera bastante distinguida.

—¡Doscientos veintidós!

Pero Carol, considerando que no

# L A B E L L A R E B E L D E

era muy prudente que la vieses en un taxi con su jefe en su primer día de actuación, repuso vivamente:

—No; doscientos veinte.

Pero, no estando conforme todavía, rectificó otra vez:

—Llévenos al doscientos diez y nueve... y andaremos el resto.

Cuando iban en el taxi, pensaba Mr. Fuller que la lluvia y el resfriado consiguiente habían malogrado una declaración.

## UNA SECRETARIA QUE SE INTERESA POR SU JEFE

FULLER llegó a la oficina como pueden ustedes suponerse; es decir, llegó mucho peor. Tenía fiebre. No aquella del parque. La del parque era una fiebre amorosa y a veces pasajera. La que sentía entonces era una fiebre de otro género: molesta, persistente, que le abrasaba la cabeza y la piel.

Así que llegó, una llamada telefónica detúvose en medio del despacho.

—¡Estoy sofocándome! — exclamó, poniendo sus ojos en Carol. Luego cogió el auricular—. Sí; diga, García.

La mirada interesada de Carol hacía perder el hilo de la conversación con el agente.

—No, no; ya estoy mucho me-

jor... No le decía a usted, García. Cablegráfeme que manden esa remesa de Santos a fines de... No, no; en junio, no; en abril.

Mr. Fuller sentíase incapaz de continuar. Carol acudió al aparato, diligente.

—Un momento, Mr. García. Mr. Partridge siente un tremendo resfriado y ahora no puede hablar. Le llamaré después.

Y cortó la comunicación.

Luego, usando de esas dotes femeninas que tanto gustan, hizo acostar a Mr. Fuller.

—Nunca me he sentido tan mimado—decía clavando en ella la mirada.

—Es mi deber de secretaria, ¿Le tapo?

—No. Prefiero seguir hablando con usted. ¿Es usted casada?

Carol guardó silencio.

—Mejor. Toda secretaria debe ser soltera. ¿Tiene novio? Respon-da. ¿Tuvo muchos novios?

—Sí; bastantes.

—¿Formales?

—Uno de ellos, sí. Desgraciada-mente, el hado cruel nos separó. Fué mi primer novio. Ibamos a la escuela elemental.

Fuller, contra su voluntad y su deseo, sentía cerrársele los ojos. La fiebre, unida al remojón, podían más que él, y enviando a Carol una mirada suplicante que pedía perdón, entró en un dulce sueño.

La muchacha le contempló unos segundos amorosa, le cubrió, alzando el embozo, temiendo que pudiese recaer, y de puntillas, para que no se despertase, abandonó la alcoba de su jefe.

En su casa estos acontecimientos ya se conocían. Alguien, no se sabe quién, había informado a tía Jane. Del mismo modo, los acreedores, que no perdían ripio en cuanto a su deseo de cobrar, estaban enterados que Carol había conseguido una plaza de secretaria cerca de un famoso hombre de negocios, el cual, a mayor abundamiento, era varias veces millonario.

En otro orden de cosas, las rela-

ciones de tía Jane y Waldo toma-ban un cariz seudocamroso, sin que ninguno de los dos lo declarase. Sólo se advertía en las miradas y en el gesto, en las frecuentes visitas que él le hacía a la casa de Carol y en esas pequeñas atenciones — no por pequeñas menos elocuentes — que Waldo la prodigaba en todos los momentos que podía.

—Esto comienza bien. Los hay que se enamoran de su enfermera...

—¿De veras, Waldo? Yo una vez fui enfermera. Recuérdelo cuando le duela algo...

¡Oh, qué insinuación! La tía Jane, por lo expuesto, sabía no andarse por las ramas.

...

Waldo Erington no tenía oficio propiamente dicho. Es decir, tuvo oficios múltiples, si por éstos se considera una serie de ocupaciones liberales en el peor sentido de la libertad.

Fuó comisionista en los diferen-tes ramos del comercio, represen-tante de artistas de concierto, co-empresario en una casa de betunes, y por último, cuando la ley seca, agente al servicio de un contraban-dista.

En esta ocupación ganó un buen capital, que dilapidó en francache-las y en apuestas.



De aquí nació su vocación de apostador en las carreras de caballos. Y así trabajó conocimiento con mister Fuller Partridge.

Trabajar propiamente, no había trabajado en todos los días de su vida. Deambulaba por escenarios, garitos elegantes, camerinos de artistas y cafés, en cuyas tertulias siempre figuraba.

Codrábase con lo mejor de la ciudad y, sin embargo, no extrañaba verle algunas veces con gentes equívocas, más cerca del Código Penal que entregadas a una vida limpia y decorosa.

Pero nunca cayó en la delincuencia. Su habilidad consistía simplemente en conocer el momento preciso de retirarse de un negocio cuando éste se inclinaba por la pendiente del delito.

Conoció a Jane e inmediatamente sintió por ella una atracción particular. Jane podía ser su socio comanditario en cualquier empresa de importancia y por tanto que pudiese arrojar «buenos dividendos».

Llamaba buenos dividendos a los logrados con el engaño y la falsía.

Jane era dulce, bien hablada; tenía don de gentes; se había desenvuelto en un círculo elegante; se trataba con gentes de la buena sociedad y tenía una sobrina maravi-

llosamente guapa, digna de hacer una boda productiva.

Estos elementos, por sí solos, bastaban para que Waldo, sin saber a punto fijo qué fin podía darle, fuese un sujeto propicio a sus negocios y un agente de consideración.

El aprovechado ciudadano estaba en esa edad que gusta a las mujeres que bordean o han pasado la cuarentena; era locuaz, simpático y alegre. Veía la vida como el resultado de una suma cuyo sumando aumenta cada día más en propio beneficio, y creía que los demás seres, por ser sus prójimos, valían menos que él y por consiguiente estaban sometidos a su poderosa voluntad.

\* \* \*

Mr. Fuller convaleció rápidamente; tanto, que al otro día ya estaba en su despacho. Y en el despacho, asimismo, Carol.

—En mi vida me sentí mejor que ahora.

Y era verdad. Después del remojón y la ligera fiebre quien había padecido, sentíase más joven, con más actividad.

—Vea este anuncio, «Tome café Partridge, el seductor de olfatos aristocráticos». ¿Qué le parece, Carol?

—Pésimo. Líncese en busca de otra inspiración.

El rostro de Fuller plegóse, contrariado.

—A ese anuncio le falta seriedad. Déjemelo a mí. En un momento le redactó yo un anuncio muy serio.

—Me asombra ver lo bien que domina ya el asunto. ¡Ah! Es usted insustituible.

—Es que este trabajo es fascinante.

—Sí, a la par que romántico—dijo Fuller mirándola al fondo de los ojos.

—¿No se siente bien?—repuso ella, temiendo y suspirando por la declaración que no llegaba.

—Me siento como nunca. Probé muestras de Brasil y de Colombia... aparte de varias de Maracaibo y del Perú.

—Pues yo estoy enferma—exclamó Carol medio angustiada—Y ya no puedo más.

En efecto, eran muchas las tazas de café para quien tanto odiaba la infusión. Fuller vió que palidecía por momentos, por segundos. Rápidamente, la trasladó a su domicilio.

La acostaron. Tía Jane, a la cabecera de la cama, miraba a Mr. Fuller rencorosa.

—Llame al médico. ¡Déle una taza de café!

¡Hombre de Dios! Todavía quería darle más café.

—No es nada. Descanse hasta que llegue el doctor. Ahora me toca a mí cuidarla.

—Debió sentarme mal el café del Brasil—dijo Carol—. Probablemente tomé mucho.

—Mucho trabajo y mala nutrición—opinó el doctor entrando súbito en la alcoba—. Debe descansar.

—Puedo trabajar perfectamente.

—Tú obedecerás al doctor, querida—ordenó resuelta tía Jane—. La culpa es de su dichoso café.

—Mi café a nadie le hace daño.

—Será porque nadie lo toma.

—¡La culpa es de usted!—dijo el doctor, siguiendo la corriente.

Waldo, que llegó en aquel punto, llamó aparte a la tía.

—Ahora podemos alejarles del escritorio, y libres de preocupaciones, terminarán por enamorarse, ¿no es así?

—Usted a veces parece como si discurriese, Waldo.

—Fíjese y verá cómo lo dispongo todo. El doctor tiene razón. Debe descansar.

Carol, que no se hallaba tan mal como decían, protestó:

—Ni que estuviera agonizando. Estoy perfectamente.

Al otro día pudo levantarse. Aunque algo decaída, Carol comió con apetito un buen desayuno que tía Jane le sirvió, sin consentir que la

servienta interviniese. A media mañana llegaron el doctor y Mr. Fuller.

Una ligera observación por parte del doctor convencióle del buen estado de la enferma. Y diagnosticó graciosamente, a tiempo que miraba a Mr. Fuller:

—¿Por qué no va con miss Rogers al lago de Glenview? Allí se respondería... y usted mejoraría mucho. También usted anda mal.

—Sí, eso nos sentaría bien a todos—dijo Waldo, que estaba presente cuando llegaron Fuller y el doctor.

—Yo no puedo ir—dijo el hombre de negocios—, pero irá miss Rogers.

—Se lo agradezco, pero no lo necesito.

—Usted hará lo que yo mande, no faltaba más. ¿Olvida usted que soy su jefe?

—Amigo Fuller—intervino Waldo, persuasivo—, ¿no le convendría a usted también descansar?

—Yo estoy demasiado atareado, pero ella irá inmediatamente.

\* \* \*

El lago de Glenview era punto de cita y diversión de la juventud aristocrática. Al socaire de él, y aprovechando sus aguas tersas y tran-

quilas, habíase instalado una piscina, y un hotel magnífico alzaba la gracia arquitectónica de su edificación. Las habitaciones nada tenían que envidiar a las demás de los mejores hoteles de la Unión, y el servicio, dotado de los adelantos más modernos, hacían del lugar un recogimiento delicioso.

La temperatura era igualmente deliciosa. Como en el Paraíso ofrecido al creyente, allí no se sentía el frío ni el calor. Una brisa suave y aromada embalsamaba el ambiente durante todo el día, y por la noche, un vapor letal, sobre el cual se diluían esencias y perfumes de exóticas fragancias, producían enervamientos de nirvana.

Por la piscina flotaban cuadrúpedos acuáticos. Eran veloces como galgos. Sobre ellos, jóvenes jinetes lanzábanse a las carreras más desenfrenadas. Se establecían apuestas en que el dólar adquiría sumas increíbles. A veces, caballo y caballero calan, y el corcel, fabricado ex profeso para estos lances ya previstos, seguía flotando indiferente hasta encontrar un nuevo caballista.

Waldo, acompañado de Carol, llegó a la piscina cuando ésta celebraba una gran apuesta. Los equinos, nerviosos, meciendo en el agua su hidrópica pariza reluciente, acumulaban el momento de partir cabal-

gando por impetuosos cides de ocasión.

¡Oh, con qué regocijo Babieca y Rocinante hubieran visto carrera tan graciosa!

En seguida Carol advirtió el predicamento que su amigo gozaba en aquel sitio. Unos y otros tendíanle la mano. Aquél le sonreía. Éste buscaba su opinión.

Mas al descuido de estos parabienes y saludos, creyendo acaso que Waldo no se daba cuenta, un don Juan «piscinico» comenzó a flirtear a su amiguita.

—Sospecho, señor Cupido— argumentó—, que le va a fallar la puntería.

—Bien—repuso el aludido como si no fuera con él—. ¿Qué caballo elige?

—Aquél, por buen nombre «Almirante».

—¿Quiere apostar algo?

—Sí. Si gana, me lleva usted a dar un paseo, y si pierde, le llevo yo a usted.

—¿Quién es la que da la señal? Soy periodista y quiero hacer una reseña completa.

Waldo, descubriendo la ignorancia en que vivía el chico de la prensa, arguyó:

—¿Cómo detee el periodismo?

Pero la carrera iba a empezar y Waldo estaba interesado en tomar

parte en la misma. El gacetillero, por su parte, no dejaba de mirar a la muchacha.

—¡Dígame quién es! Seguramente le halagará verse nombrada en el periódico.

—Es posible. Esa joven se llama Carol Rogers y yo me llamo...

—Su nombre le trae sin cuidado a los lectores.

De un brinco ágil y rápido, se halló Waldo encima de un caballo. Miró en torno y vió a Carol que le imitaba. Tuvo miedo, pero la muchacha, con un gesto, indicóle que viviese tranquilo y nada la había de pasar.

La carrera fué pródiga en accidentes absurdos y grotescos. Hubo jinetes por los aires. Alguno cayó al agua y, como es natural, salió del naufragio para tenderse al sol. Nuestro amigo Waldo, víctima de su cabalgadura indómita, dióse un chapuzón digno de pasar a su historia de caballista principiante.

A pesar de todo, alzóse protestando:

—¡Ese caballo ganó porque le estiraron el pescuezo!—chillaba, en tanto que el agua le corría por el cuerpo y todo él estaba empapado y chorreante.

Después observó que el periodista continuaba, impertinente, asediando a Carol, y dando al olvido su



desgracia, continuó levantando los puños al espacio:

—Voy a cambiarme de ropa y a hablar con ese jovenzuelo impertinente.

En un santiamén volvió mudado.

—A usted le busco... Ande con cuidado. El que se acerca a miss Rogers hace oposiciones al suicidio. ¿Estamos? En fin, ¿ha oído hablar alguna vez de Crawford Patilargos?

¿De ese bandido? Pues sepa usted que ella es su novia.

El otro soltó la carcajada.

—¿Carol Rogers? ¡Usted está loco!

—Pues sepa que soy el brazo derecho de Patilargos y que he venido a vigilarla. ¿Entiende?

Y después de lanzar este discurso, cogió a Carol del brazo y desaparecieron del lugar.



**DOCTOR, ILUSIONISTA, TAUMATURGO Y PROFESOR  
DE BAILES DE SALÓN**

UNA copa de brandy. Waldo, que, como se había echado de ver, había tomado la residencia de Carol como su propio domicilio, ofreció al doctor la copa que pedía.

El doctor desdobló su pañuelo, del más fino hilo que puede fabricarse, y cubrió con él la copa de licor. Después, como cualquier prestidigitador de calle o de plazuela, hizo con la mano derecha unos movimientos cabalísticos, soplo—que esto también prestigia el juego—y tiró del pañuelo, triunfal y sonriente.

La copa se había evaporado.

—El truco me gustó—declaró Waldo.

—Mi mejor juego de manos. Sé, sin embargo, otros mejores. Tam-

bién saco conejos de un sombrero de copa.

—¿Cómo lo hizo usted?

—¡Ah! El profesor Corrio jamás revela sus secretos profesionales, caballero. Tenga mi tarjeta.

Waldo leyó:

«Profesor Alfonso Alberto Corrio, ilusionista y maestro de bailes de salón. Especialista en hipnotismo».

—¡Ah, ya me acuerdo! Hace dos años le vi a usted en el teatro. ¿Qué fué de aquella rubia a quien dividía por la mitad con una sierra?

—La pobre pereció un día que se me olvidó cómo empalmarla.

Waldo, horrorizado, cerró los ojos y crispóse. El profesor no le dió importancia.

—¿Vuelvo a hacer el truco de la cope?

Waldo no accedió.

\*\*\*

—El café tiene un no sé qué romántico—decía Jane, dirigiéndose a Waldo y su sobrina.

En este torneo del café, las teorías de Mr. Fuller comenzaban a ganar la voluntad de sus más recalcitrantes enemigos. Dijéralo la tía. Dijéralo Carol, que desde su puesto de vanguardia como Enemiga número 1 del café, había llegado por los caminos del amor a encontrarle gustoso al paladar.

—Sí, será el aroma.

—Cada día me fascina más.

—A ti, en vez de desvelarte, te induce a soñar.

—Para soñar no necesito ahora ningún estimulante. Waldo, siga por mí, que mi tía se empeñó en gannarme la partida.

El pobre Waldo trasegó la cuarta taza de café. Tenía los nervios imposibles. Zumbábale, atormentada, la cabeza. Para buscar un lenitivo en aquella insostenible situación, salió de la estancia en demanda del fresco del jardín, y cuál no sería su sorpresa que a la misma puerta de la casa, vigilantes, estaban los tres acreedores más crueles. Al mismo tiempo, pero sin dar-

le tiempo ya, sintió la voz de Jane:

—¡Cuidado, Waldo, que están ahí los reptiles!

Pero llegaba tarde la advertencia.

—Le poscamós con las manos en la masa—dijo uno de ellos, el que más peligroso parecía.

No obstante, los tres, más que acreedores, semejaban tres facinerosos merodeando por la casa.

—Queremos hablar con usted solitariamente—exclamó otro.

—Y en secreto—añadió misteriosamente el que habló en último lugar.

—Le cedo el palenque, Napoleón—volvió a hablar el primero, dirigiéndose al que tenía la planta de valiente.

—Bueno—terció Waldo dispuesto a terminar la entrevista cuanto antes y creciéndose—. ¿Qué se les ofrece?

—Aspiramos a degollarle a usted sin anestésico.

—Yo no di quinientos dólares para jugar al ping-pong.

—No se lancen a conclusiones radicales, ¿eh?

—El periódico dice que André Bodate, el de las minas de Sudamérica, salió para el Brasil.

—Lo dice hasta el diario de la colonia griega.

—¿Y lo dice en griego?—Inquirió Waldo, chanceándose.

—¡Sí! ¡Vaya usted a fiarse de esos extranjeros!

—Por eso hemos venido, mister Edington.

Waldo tomó aliento, zozó y llevóse la mano a la altura del chaleco, movimiento que hacía en las grandes circunstancias.

—Ese sudamericano es un por-diosero al lado del Creso que encontré.

—El queso para usted; yo quiero mi dinero.

—He dicho Creso; no vale confundir. El Creso que digo es mister Fuller Partridge, y ya ha mordido la punta del anzuelo.

—Hágale presentarse aquí inmediatamente.

—Como quieran. ¿Qué le digo?

—Que venga... ¡y yo le hablaré!

—Eso no. Ya inventaré algo.

Waldo fué al teléfono. Tomó el auricular. Marcó un número.

—Creí mi deber comunicarle que la pobre Carol está delirando de un modo espantoso. Le llama a usted a todas horas; por el día y la noche no cesa de nombrarle.

—Me deja usted aterrado.

—¿Cómo?

—Que iré inmediatamente en aeroplano... Sí... Descuide; iré sin falta. Haga por ella cuanto esté a su alcance, Waldo, y hasta pronto.

—El acreedor hípico y alegre volvióse a los tres hombres.

—Viene en aeroplano. ¿Están ustedes satisfechos?

—En nombre de Zitheras y Zitheras...

—Dos Zitheras.

—Le diré Zitheras y Zitheras si recuerda mejor que Zitheras, Zitheras y Compañía... de modo, pues, que si omitimos la compañía, ¿que nos queda? ¡Zitheras y Zitheras!

Waldo estaba a punto de pegarle.

—Así es más fácil, sí.

—Recuerde — dijo el que hacía de «Napoleón» acreedor — que la vigilemos, Mr. Edington.

¡Menudo lío! Ahora había que preparar a Carol y hacerla delirar. ¿Cómo? Eso era imposible. ¿Y si la hipnotizase el profesor? Ya está. De perlas. Después del delirio... ¡el delirio! Es decir, no; la privación.

Manos a la obra.

—Un momento.

—¡Que vigilemos, Mr. Edington!

\*\*\*

—¡Volando! ¡Viene volando, profesor!

Mr. Corrio, ajeno al suceso que se aproximaba, levantó, curioso, la mirada.

—¿Quién viene volando, amigo Waldo?

—Mr. Fuller. Ahora sólo falta que haga a Carol delirar, ¿comprende usted?

—Ni jota. Pero, bueno; tendrá usted que ayudarme.

—Bueno; yo la acostaré y usted se encarga de hacerla delirar.

El profesor intentó abandonar el gabinete.

—Váyase, pero sus maletas se quedan aquí.

—¿Qué ultraje! Tratar así a Corrio, el formidable profesor.

Casualmente, allí llegaba Carol, víctima propiciatoria del formidable acreedor. La ocasión se presentaba por sí sola. Sería muy sencillo. Unos pases. Unas palabras cabalísticas. La mirada fluidica del profesor profundizando en las pupilas de Carol...

Tía Jane apareció en el gabinete. La acompañaba Mr. Corrio. Al parecer, debió haber entre ellos alguna conversación particular, por cuanto se miraban con cierta inteligencia. Jane, dirigiéndose a él, le preguntó con intención:

—Dígame, profesor, ¿qué tal es usted como hipnotizador?

—¡El mejor del mundo!

Estaba Carol sentada e ignorante de lo que se tramaba contra ella. A Waldo aquella situación no le dejaba estar quieto, y la tía, conocedora de la comedia que iba a repre-

sentarse, preparaba en silencio su papel.

El profesor, rápido, autoritario, acercó sus ojos a los de Carol, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Pensar es poder! ¡Concentre su mente!

Carol creyó que estaba loco.

—¡Magneticese! ¡Dormítese!

—¿Qué significa esto?

—Es un experimento inocente —dijo tía Jane, «dejándose caer».

—¿Qué experimento?

—Aposté con el profesor a que no te duerme en dos minutos.

De todos, el que parecía más lleno de ansiedad era Waldo. Si él hubiera podido, Carol ya estaría durmiendo y delirando.

—¿Y qué tengo que hacer?—interrogó la joven dispuesta a la experiencia.

—Míreme a los ojos—solicitó el ilusionista.

Carol miró involuntariamente, como podía mirar a cualquier parte.

—¡No, así no! Más atentamente.

Entonces, Carol puso toda su voluntad en la mirada. Mr. Corrio, en voz baja, exclamó:

—Empieza a amodorrarse. Los párpados le pesan como plomo... Sus miembros están paralizados... ¡Duerma! ¡Duerma!

Siguió un silencio hondo, interminable. Tía Jane, angustiada, llena



de emoción, observaba a su sobrina con un creciente afán. Waldo, que se jugaba tanto en la experiencia, temía que Fulier llegase de un momento a otro y encontrase a Carol en sus sentidos más despiertos; y, en fin, los tres acreedores, implacables, sin despegarse de la casa, esperando cobrar o que les diesen una esperanza cierta de ello, aguardaban impacientes el resultado de la prueba, tanto o más ilusionados que pudiera estarlo el profesor.

Este, por su parte, no dudaba. Ciertamente era que en su carrera dilatada por escenarios y salones, había hallado sujetos incapaces de suggestionarse a su mirada, espíritus de acero, en los cuales pudo comprobar un poder fluidico tan desarrollado como el suyo..., pero ¿mujeres? ¿Quién iba a pensar que una mujer, un ser dócil por naturaleza y educación, tuviera un poder magnético que él no dominase?

Mr. Corrio, en tanto que aunaba sus energías visuales, y decía «in mente» palabras para ayudar la sugestión, procurando que Carol las recogiese en su onda psíquica, recordaba un escándalo que tuvo lugar en Buenos Aires estando actuando en uno de los principales teatros de la República del Plata.

Había subido al escenario un hombre vulgar, con facha de carga-

dor o de cochero. Sobre el traje, liviano y torcusido, se acusaba su musculatura de ciclope joven y arrogante. El profesor, como era natural, no paró en él mientes, e hizo ocupar el sitio que le correspondía en una fila de presuntos sujetos sometidos—o en plan de someterse—a su experiencia.

Algunos ya estaban dormidos. Otros a punto de dormirse, debido a ese fenómeno de autosugestión en que entra el individuo ausente de su propia voluntad, como si los que están cerca de él ejerciesen sobre su psiquis una corriente telepática.

Transcurría el espectáculo—que la ciencia legal acepta de buen grado—entretenido y emotivo.

Mr. Corrio, con unos ligeros pases magnéticos, terminó por dormir a los que ya virtualmente dormían, aunque tuviesen los ojos aún abiertos. Sólo el colocado en el último lugar se resistía, el sujeto con planta de descargador o de cochero.

El profesor no se inmutó. Clavó en él su mirada. Hablóle como tenía por costumbre, exhortándole a que entrase en situación, e hizo algunos experimentos con los otros: por ejemplo, hacerles tiritar igual que si sintiesen un frío insufrible o que se despojasen por sí mismos de alguna prenda, asegurándoles que hacía un calor digno de los trópicos.



Después, volvió al descargador, que conservaba los ojos tan abiertos como el que ha dormido sin interrupción doce horas seguidas.

—¡Duérmete!

El sujeto dibujó en sus labios una sonrisa irónica y falaz.

—¡Duérmete te digo!—repitió el doctor, perdiendo un poco los estribos.

El sujeto, a su vez, miraba al profesor profundamente, y hasta sonrió como si le hiciese gracia la insistencia de que se tenía que dormir. Insistió Mr. Corrio nuevamente, sin que el sujeto obedeciese, y, de pronto, comenzó a experimentar un desasosiego extraño y prolongado, mientras sus párpados tendían a cerrarse.

Entonces ocurrió algo estupendo, y si queréis, cómico y trágico: la lucha de dos miradas enemigas. Se empeñaba el profesor en dominar la del sujeto testarudo, y el sujeto pugnaba por ganar el combate al profesor.

El público, que ya estaba dándose cuenta del suceso, comenzó a bromear lanzando al profesor algunas chirigotas, cuando de repente, vió que éste se inclinaba, perdiendo el equilibrio, y que el cíclope le hacía sentar en una silla al lado de otros sujetos que el profesor había

hipnotizado. Yacía, igualmente, dormido.

La gente prorrumpió en una ovación cerrada y delirante en honor del fuerte y en menoscabo del chasqueado profesor.

Pero el cíclope, ignorante, profano en una ciencia de la que no había oído hablar seguramente, miró al público con ojos sorprendidos. Luego, un poco asustado de su acción, con un vago presentimiento de responsabilidad en un delito que ciertamente no alcanzaba, dirigióse a Mr. Corrio, alzándole en sus brazos musculosos. En este momento, viendo al profesor en el espacio como un pelele, el público rompió en una ovación.

El hombre se detuvo, volvió otra vez los ojos a la sala y agitó a mister Corrio, intentando hacerle despertar. Oyó una carcajada unánime y tremenda. El profesor no despertaba. Un calofrío de terror corrió por la epidermis del coloso. De nuevo el profesor, agitado como un guiñapo de madera, bailó en el aire una danza grotesca y diabólica... Y despertó por fin.

El cíclope echó a correr perseguido por el huracán de otra ovación...

...

Despertó sin saber dónde se encontraba. Al abrir los ojos, estupe-



y sin encomendarse a  
a Dios ni al diablo carga-  
ron con la cama, sobre la  
cual la bella criatura dor-  
mia, ignorante y confiada.

—¿No nos queda ningún  
centavo, tía?—preguntó la  
ex millonaria.



—No queremos centavos, sino dólares.



Jane se encaminó hacia la cocina y Waldo la siguió...



Tía Jane volvió a estor-  
nudar...



—Creo que he hallado  
una solución que nos con-  
viene.



Mr. Fuller estaba en su oficina casualmente.



—¡Magneticese! ¡Dormitese!





En el mayor silencio escuchaban a Carol y mister Fuller.

... y entró en estado hipnótico.



Desayunaron, en apariencia, con gran tranquilidad.



Bailaba. Un ligero mareo producido por el tiempo que estuvo hipnotizada...



Waldo comenzó a bailar, al tiempo que miraba hacia la calle, observando a los tres acreedores moviéndose en la sombra.

—¿Recuerda, Carol, nuestro paseo bajo la lluvia de aquella tarde?



—¡Carol, ¡Carol!



—Carol, sé cuánto te he  
agradado...

facto y lleno de sorpresa, la luz hi-  
rió sus pupilas con tanta intensidad,  
que hubo de cerrarlos otra vez, ce-  
gado y vacilante:

Una voz, una de esas voces que  
siendo sólo una son muchas a la  
par, gritó desde una localidad de las  
alturas:

—¡Farsante!

Y en seguida, como al conjuro  
de aquella voz acusadora, oyóse un  
silbido general.

El público, en pie, pedía la ca-  
beza del desgraciado Mr. Corrio.

—¡Farsante! ¡Farsante!

El profesor creía que lo que pa-  
saba no iba con él, sino con alguien  
de la sala.

Entonces, un agente de la auto-  
ridad vino a señalarle de su error, su-  
biendo al escenario.

—Haga usted el favor de acom-  
pañarme.

¿Por qué? ¿Qué delito había co-  
metido?

El profesor hallábase inconscien-  
te por completo. Un caso de amne-  
sia total le impedía recordar nada  
en absoluto. Ni sabía por qué se en-  
contraba en el teatro, por qué chi-  
liaba el público, ni la razón por qué  
se le llevaban detenido.

Acompañado del agente, trasla-  
dóse a la Comisaría del distrito.

El comisario, que era un hombre  
de humor, y ya sabía el motivo de

la detención, hizo que pasara a su  
despacho y, burlón, le habló de esta  
manera.

—Mr. Corrio, va usted a conce-  
derme un señaladísimo favor. En el  
calabozo tenemos cuatro detenidos  
y ninguno de ellos quiere confesar.  
Pertenecen a una banda que está  
asolando a Buenos Aires. Necesito  
que usted los hipnotice. Como sabe  
usted, mejor que yo, un hombre en  
ese estado declara fácilmente la  
verdad, y la actuación policiaca re-  
sulta de ese modo rápida y certera.  
¿Quiere usted que llamemos a esos  
desalmados y les pone usted bajo el  
imperio de su voluntad?

Mr. Corrio, que habíase olvidado  
de su profesión y de su poder de  
taumaturgia, empezó a comprender  
quién era y el suceso que le acaba-  
ba de ocurrir.

—Bien; llámelos.

Al poco tiempo comparecían en  
el despacho los cuatro bigardos que  
asolaban y tenían en jaque a la  
ciudad.

Entraron esposados. Si hemos de  
creer a la teoría lombrosiana, aque-  
llos tres sujetos reunían las carac-  
terísticas precisas e incontroverti-  
bles del asesino nato, por la con-  
formación de la cabeza y los rasgos  
del rostro prominente.

—Aquí los tiene usted.

Mr. Corrio, que no estaba para



experiencias de hipnotismo, ver a los cuatro y sentir que las fuerzas, no sólo fluidicas, sino materiales, le faltaban, fueron dos cosas simultáneas.

Por el contrario, experimentó un pavor indescriptible.

—Señor comisario, lo lamento; pero no puedo actuar. Estoy bajo la influencia de algún espíritu inferior.

—Entonces, ¿para qué se anuncia usted de esa manera? ¡A ver, González!

González era un guardia corpulento, magnífico ejemplar de aquella raza que tiene sus aborígenes en nuestros ascendientes.

—Llévese a este hombre.

Pasó toda la noche en un calabozo fétido y oscuro. Por sus pies corrían ratas que hacían saltar al profesor como poseído por espíritus maléficos. Salió renegando de su arte, que le ponía en tales trances. Sufrió una multa de mil pesos, por embaucador.

A la mañana, cuando la puerta del calabozo se abrió y González le dijo que estaba en libertad, Mr. Corrio corrió a la luz con la avidez del pez que entra en el agua.

Pero había olvidado la lección.

• • •

—No estoy amodorrada, hipnotizada, ni quiero dormirme, ¿sabe usted?

¡Caramba! Aquello no era lo tratado. La tía Jane empezaba a perder la confianza. Waldo, que seguía temiendo que Mr. Fuller apareciese y descubriese que todo había sido un truco, andaba por el gabinete a grandes pasos. Mr. Corrio, recordando al descargador de Buenos Aires, perdía aquella energía necesaria en un trabajo en el que la voluntad representaba el elemento más preciso, tanto, que sin él ninguna experiencia era posible.

—Si no se presta a ello, nada puedo hacer.

Suplicaba, y suplicar el oficiente en esa ciencia, era declararse derrotado.

Waldo la animó:

—Ande, Carol, préstese al experimento. Queremos ver lo que resulta.

—No puedo dormirme. Tomé mucho café.

—No es el café, Carol, lo que se lo impide, sino la mente, que no quiere fijarla.

—Pues cánteme usted algo y me dormiré inmediatamente.

La tía Jane hizo una proposición algo acertada:

—Dígale que repita: «Fuller, mi amado Fuller.»

Pero ella rechazó la sugerencia.

—¿Por qué he de decirlo?

—Para concentrarse en algo agradable.

—Lo único que consigue es desvelarme. Me voy a bailar, y si quieren divertirse, búsquense otro sujeto más propicio.

Salió. Los tres, al verla salir, vieron por completo sus esperanzas fracasadas.

...

El profesor, desalentado, dejóse caer en una silla. Casi lloraba. Un sudor espeso, abrasador, copioso, corría por la frente y se perdía por las arrugas del rostro, contraído en una mueca de desesperación y de derrota.

¡Sí, había fracasado! Había fracasado. ¿Por qué? Sin hablar, poseído de extraños pensamientos, que hacían de su situación algo deliciosamente cómico, miraba a sus dos compañeros de infortunio con febriles ojos, en cuyo fondo había una interrogación y un anatema.

¿Por qué?

Tía Jane y Waldo correspondían a aquel interrogante con otra mirada que era un poema de expresión, y que quería decir, traducido al romance más usual: —Profesor, ha

hecho usted el ridículo de la manera más bizarra.

¡El ridículo! También Mr. Corrio sospechaba alguna cosa parecida, no atreviéndose a declarársela a sí mismo por miedo a desmerecer ante sus ojos. Pero, en fin, no había otro remedio. «Mr. Corrio, has hecho un ridículo espantoso» —día a ese «yo» del subconsciente, que es nuestro juez inapelable.

Y, convencido, inclinó la cabeza, pesados.

Sin romper el silencio que reinaba, Waldo se escabulló del gabinete.

Jane y Mr. Corrio quedaron frente a frente. El silencio hacíase pesado. Abumaba. Dirriase que habían salido, por intercesión providencial, de un cataclismo y que la sorpresa de encontrarse con vida no les dejaba conversar.

Jane sonrió. ¿Qué vió el profesor en aquella sonrisa clara, ingenua y expresiva? No; no hay que pensar torcidamente. Como todos los hombres científicamente superiores, nuestro ilusionista estaba abroquelado para los dardos del amor. Era célibe y lo seguiría siendo en adelante.

Aquella sonrisa le expresaba un significado bien distinto. Era una sonrisa blanda, amenguada, capaz de desvanecerse a su mandato, a

poco que él la tocara levemente sólo con las yemas de los dedos en un pase magnético.

«El caso era dejar el pabellón en su lugar—pensaba, acariciando la idea de hipnotizarla.

A la faena. Tomó la decisión, e inmediatamente experimentó un extraño pavor que no había sentido en ninguna de sus actuaciones anteriores. ¡Ah! El fracaso sufrido con Carol ejercía sobre él su maleficio. Volvió a recordar al individuo bonaerense. Y luego empezó a ver sujetos infernales que se reían de su ciencia abriendo ojos inmensos sobre los cuales no podía imponer su voluntad.

¡Su voluntad! El profesor irguióse con ímpetu gallardo, recogió en su mirada sus energías más potentes, aislando el pensamiento de toda distracción, y perforó los ojos de Jane como si le clavase un estilete.

Ella al principio quiso rechazar la acometida. Pero esta vez el profesor triunfó sobre su víctima. Las pupilas de Jane voltearon dentro de su órbita unos segundos nada más, tembláronle los párpados, ávidos de sueño, el cuerpo adquirió cierta rigidez y entró en estado hipnótico.

Cuando terminaba fructuosamente la experiencia, volvió Waldo.

—¿Qué ha hecho, desdichado?

Ha hipnotizado a una inocente. Anda, despiértela.

La voz de Mr. Fuller, sonando más allá del gabinete, vino a alterar la situación.

Ambos salieron de la estancia.

\* \* \*

Efectivamente. Mr. Fuller Partridge había llegado a la casa de Carol acompañado de otro caballero. Activó que reinaba un silencio sepulcral, que fuera de la doncella nadie más salía a recibirle y que todo era allí extraño y misterioso.

El profesor, que había salido del gabinete, al pasar por la alcoba de Carol, descubrió que la joven se había privado de repente.

—¿Como se permite privarse sin mi intervención?

Seguidamente regresó al gabinete.

—¡Despierte!... ¡Despierte! Lo manda Corrio.

Pero Jane no quería despertarse.

Un conflicto mayúsculo cerníase sobre él.

Mr. Fuller, impaciente, viendo que nadie salía a recibirle, dijo a la doncella:

—Avisa a miss Rogers que he llegado con el doctor Blicher.

Y esperó.

¡Cosa más extraña!... No espera-

ba que se le recibiese de tal modo. Porque no se trataba del enamorado que visita la casa de su amada—que eso en realidad no era suficiente para que se le dejase pasar casa adelante—, sino del jefe, del hombre que la había nombrado su secretaria y en quien había confiado como persona de gusto en las excelencias del café.

¡De su café!

—No lo comprendo—continuaba diciendo el profesor delante de Carol—. No responde a mi imperioso mandato.

Y corría certa de la tía.

—Tendré que recurrir al «mesmerismo» tricíspide.

Esto del «mesmerismo» — con perdón de Mesmer, descubridor del imán—era una de tantas irreverencias que se le ocurrían a Mr. Corrio en los momentos más difíciles.

Mr. Fuller cogió del brazo al doctor Blicher y se adentraron en la casa. En seguida comprendió que algo inusitado sucedía. Al pasar cerca del gabinete, asomó la cabeza y vió al doctor que, desesperado, gesticulaba ante la tía.

Waldo, que, asimismo, recorría la estancia buscando soluciones al conflicto, atisbó a Mr. Fuller acompañado del caballero, desconocido para él.

—¡Qué horror! ¿Y si no se despierta?

—¡Se despertará! ¡Lo mando yo, Corrio!

Aquella situación se le antojaba a Mr. Fuller cada momento más extraña! ¿Qué ocurría allí? En vano trataba de averiguar dónde estaba Carol y parecía que existía un deseo deliberado de ocultársela. Además, rondando la puerta de la casa había descubierto tres individuos sospechosos con un acusado aspecto de conspiradores; y esto aumentaba su inquietud.

¿Qué sería de ella? Nunca había sentido tanto afán por una mujer como el sentido por Carol. Su vida donjuanesca estaba reducida a una serie de amorios fáciles y breves. Cierta que había sido un inconstante, pero cierto también que ellas no merecieron sus desvelos.

El amor por Carol era otra cosa. Se había ido formando de esos pequeños detalles, al parecer sin importancia, como miradas, apretones de manos en que él no sabía retirar nunca la suya, sonrisas... Hasta la lluvia—no hay cosa más tonta que la lluvia—, en aquellos momentos inefables, había sido también una colaboradora interesante.

¡Ah, y el café! ¡Pues no se olvidaba del café! ¿Cómo era posible? ¡Pobre Carol! Ella, que odiaba el



café profundamente obligada, por las exigencias de su cargo, a beberse un número de tazas superiores a su capacidad de resistencia...

Así enfermó, sola y exclusivamente por su culpa, por él, considerado, sin delicadeza, sin comprender que no acostumbrada a tanto trago, por fuerza tenía que enfermar.

—¿Cómo está Carol?

Afortunadamente, en una de aquellas vueltas que Waldo, sin parar, daba por la casa, se encontraron.

—La atiende el profesor Corrio, el gran médico de locos. Nos hizo pasar un rato atroz.

Fuller consultó con la mirada al doctor Blicher.

—¿Le conoce?

—¿Corrio? Me parece que no.

Era el doctor Blicher un hombre incapaz de ofrecer su ciencia a una superchería ni a un engaño. Su nombre, reputado en la capital donde contaba con clientes de pro, era considerado con ese respeto que se guarda a los hombres austeros y eminentes. En su profesión lucía curas importantes.

Como todo doctor que precia en algo su sapiencia, sobre su nariz había cabalgado unos magníficos que-

vedos. Hablaba lentamente y de cuando en cuando, como si el puño de la camisa se le escapase en el esfuerzo de la peroración, tiraba de él con un ademán elegantísimo.

Fuller acordó:

—El doctor reconocerá a Carol.

Corrio, que en una de sus andanzas acertó a oír el diálogo, entró en la habitación.

—¡Oh, no! Está durmiendo.

—La observaré sin despertarla —adujo el doctor Blicher, mirando detenidamente a su colega.

—No es posible. Lo siento.

El doctor Blicher empezaba a dudar del doctor Corrio. Corrían entonces muchos curanderos que, haciéndose pasar por doctores, invadían el campo de la ciencia en menoscabo de ésta y sus doctores, y bien podía ser que el doctor Corrio fuera alguno de ellos.

Su afán por recordarle hacía observarlo atentamente. No le conocía. En su larga vida de médico eminente, reclamado en las mejores casas de la Unión, nunca se habían encontrado. Su figura vulgar era también desconocida. En el Colegio no había oído nunca hablar de él.

¿No se trataría de un complot?



LA VOZ DE CAROL

**B**LICKER y Fuller cruzaron entre sí una mirada inteligente. ¿No se trataría de un complot?

¡Oh, qué sospecha! ¿Pero qué fin podía guiario para eso? Bien es cierto que Fuller apenas conocía a las personas de la intimidad de su empleada, que la tía bien podía ser una simple tía de alquiler, que Waldo, a pesar de la confianza que les unía podía resultar un sinvergüenza, y que el doctor, en conclusión, no era imposible que terminase a última hora por ser un médico de paja.

En estas reflexiones se enfrascaba, cuando sintió a Carol que le llamaba por su nombre.

—¿Está llamándome!

¡Con qué expresión Fuller emitió estas dos palabras, al parecer tan simples y triviales! Estaba llamándole! ¡A él!

Su corazón experimentó tal sacudida que si hubiera sido un cascabel atruena el barrio.

Mr. Corrio volvió y en su semblante se dibujaba una alegría indescriptible.

—Está como nueva. Ha mejorado una barbaridad, pero puede que siga así días y días.

Aquella declaración, vaga y sospechosa, puso fuera de sí al doctor Blicher.

Fuller, cuyo oído atento esperaba de nuevo la voz de seda de Carol, exclamó, dirigiendo una mirada angustiosa al doctor Blicher:

—Sin faltar al respeto al doctor Corrio quiero que la vea el doctor Blicher.

De momento, el taumaturgo, prestidigitador y profesor de bailes de salón enmudeció ligeramente. Waldo, presintiendo una catástrofe, se cogió la cabeza con las manos.

—Doctor Blicher, esto es un insulto! Yo soy el gran Corrio, el sin par profesor. He estudiado las ciencias ocultas en la India. Por mi voluntad, sometidos al poder sugestionador de mi palabra, he curado a enfermos incurables. El histerismo no tiene secretos para mí. Conozco las neuronas como el mejor frenópata de América. En Europa mi nombre se anuncia en los tranvías...

Mr. Blicher, cansado de tanta verborrea, murmuró:

—No quiero arrebatarle su paciente.

Malhumorado, el curador de histerismo dijo de repente:

—Estaré en mi cuarto.

Y se marchó.

\* \* \*

Ya más tranquilos, sin la presencia de aquel doctor tan loco como los enfermos a quienes trataba de curar, Mr. Fuller y Mr. Blicher tomaron una resolución. Irían por sí mismos a las habitaciones de Carol.

Antes cambiaron impresiones. El doctor, escéptico de las ciencias ocultas, a las que no concedía ningún crédito, se afianzaba en la creencia de que todo aquello era un complot preparado sólo con el fin de perjudicar económicamente a Mr. Fuller.

—¿Con qué objeto?

—No sé. ¿Usted tiene confianza en miss Rogers?

—Hombre... Sí.

—¿Y en los demás? Advierta que cuando llegamos a la casa observamos que la vigilaban tres hombres extraños. ¿Bandidos? ¿Policías? Lo ignoramos. Recuerde también, que cuando llegamos a la casa hablaron entre sí y hasta uno de ellos, más decidido que los otros, hizo un movimiento y pretendió acercarse a usted.

—Evidentísimo.

—Esto me hace creer que preparaban, tal vez contra usted, alguna celada peligrosa.

—Ya veremos, doctor—dijo el millonario, deseando, antes de tomar ninguna decisión, conocer la suerte de Carol—. Busquémola, pues le declaro sin rodeos que estoy inquieto, Blicher.

Carol estaba en su gabinete durmiendo con la mayor tranquilidad. Ni un solo músculo de su rostro, más bello y resplandeciente en el

transporte, se hallaba contraído, y reposaba en una graciosa placidez. Su boca, de labios finos, había perdido ese color que presta la vida a las muchachas que están en su estado natural y que es color de juventud, pero tenían un encanto indefinible. Tanto, que Fuller sintió un arrebatado deseo de besarlos, y si no le satisfizo fué por respeto a la situación en que la secretaria se encontraba y por consideración a mister Blicher.

—Quiero verla un instante solamente.

Fuller seguía la auscultación a que la sometía Mr. Blicher con silencioso interés no exento de emoción.

—¿Le duele algo?

—¡Oh, no, no, no! Cuando despierte no recordará nada en absoluto.

Salieron de la estancia. El millonario sonreía. Waldo, que al atisbo de lo que sucedía no dejaba de observar de rato en rato la escena a que estaban entregados Fuller y el doctor, hizose presente.

—Aviseme —dijo éste— cuando despierte miss Rogers.

Luego encargó a Fuller:

—No le diga que deliró cuando despierte, pues puede sufrir una recaída.

Mr. Corrio, entretanto, se había dedicado a tía Jane. ¡Demonio de mujer! Tampoco despertaba. Como un loco—si no loco, «ido», que es el estado natural de muchos seres con los que nos damos por ahí—el profesor simultaneaba sus rápidas visitas entre la tía y la sobrina.

Ahora le tocaba el turno a ésta.

Pero Carol empezaba, con gran asombro suyo, a abrir los ojos. ¡Sí, los abría, sin solicitar permiso de él, sin consultarle! No había razón. Era el primer sujeto que se comportaba de ese modo, y Mr. Corrio empezó por primera vez a dudar de su ciencia y su poder.

—¿Conque se permite usted rebelarse contra el profesor Corrio, miss Carol?

Carol, un poco sorprendida, miraba en derredor.

## ME GUSTA BAILAR

**N**O se ha dicho aún, y es necesario hacer constar, que Carol, la dulce, la bella y sensitiva Carol, era una rebelde. Por rebelde—que a veces es sinónimo de enérgica—, al ver la ruina de su casa, tomó la decisión de trabajar; por rebelde no había querido que Mr. Corrio la durmiese, salióse con la suya y se durmió cuando el profesor menos pensaba.

—¿Quiere usted que demos un paseo?

Rebelde otra vez, sin ser vista por nadie, cuando vió que se encontraba bien, abandonó las comodidades de su casa y, furtivamente, se fué a un baile.

Un baile exótico, con reminiscen-

cias orientales. Un baile, entre aristocrático y plebeyo, con orquesta atronante de platillos, bombos e instrumentos de cuerda sollozantes.

Le gustaba bailar. El baile ejercía sobre su organismo vigoroso una emoción física y estética.

Llegó al jardín donde la fiesta transcurría, a la hora vespéral. Un ligero vestido, sin complicados adornos ni arrequives, modelaba la línea de su cuerpo, mórbido y gentil. Su peinado, maravillosamente rubio, un poco revuelto por la brisa, enmarcaba su bello rostro sofocado por la caminata y el calor, como un casco de fuego. Su pecho temblaba intermitente y un ansia de vivir y de bailar le dominaba.

Buscó a algún conocido y no en-



contró a ninguno. Un acreedor—hasta aquel lugar la perseguían—acercóse discretamente a ella.

—¿Quiere usted que demos un paseo?

Carol le miró de arriba abajo.

—A mí no me gusta pasear.

—Perdone, miss Rogers, pero ahora recuerdo que tengo una cita urgente.

El importuno desapareció y Carol le vió marcharse perpleja y pensativa.

¿Quién era aquel hombre desconocido para ella que sabía cómo se llamaba?

—¿Me permite?

Otro acreedor.

—¿Le permito el qué?

—«Terpsicorear» con usted, miss Carol.

—Bueno, «terpsicoreemos» si usted quiere.

Bailaba. Un ligero mareo, producido por el tiempo que estuvo hipnotizada, le impedía seguir el compás debidamente.

—¿No ha visto aún a Fuller?

Una simple pregunta tiene a veces un caudal de emoción incomparrable.

—¿Cómo? ¿Fuller está aquí?

—Llegó a Nueva York en aeroplano.

—¿Cuánto me alegro! ¿Dónde está?

—Más vale que no la vea a usted bailando.

No había dejado la pareja cuando se dió con él.

—¿Fuller! Perdone, Mr. Par...

—Fuller es mejor.

Callaron embargados de una impresión amable y amorosa. El hombre de negocios venía acompañado de Waldo, que se había hecho imprescindible en todos sitios.

—Ya está bien. Se repuso sin darse cuenta, de repente.

—No traten de convencerme de que estuve a punto de morir.

—¿Será posible?—exclamó el insustituible acreedor—. Ni siquiera quiere comprender que estuve grave de verdad.

—¿Puedo seguir bailando?

—Sí; toda la noche.

Fuller la estrechó por la cintura. Tocaban un vals, un vals moderno, lleno de resonancias híbridas.

Y ruido de metales.

\*\*\*

—Por centésima vez, y es la última, ¿quiere despertarse?

A aquella misma hora, Mr. Corrio, entregado a todos los demonios, con los nervios deshechos, «sudando el quilo»—y perdonen ustedes la expresión—trataba inútilmente de despertar a tía Jane.



Viendo lo imposible, empezó a sacudirla por los hombros.

Waldo, que igual se personaba en el baile que en casa de Carol, protestó de aquel trato agresivo como tan poco delicado.

—¡A una mujer no se le pega cuando está dormida!—dijo compadeciendo a la señora.

—¡Si no despierta ni a trastazos!

—¡A las mujeres se las trata con dulzura!

El profesor cambió de táctica. Quién sabe... Tal vez... Acaricióla suavemente. ¡Ah! ¡Eh! ¡Por fin! Empezó a moverse levemente. Sus ojos, que semejaban poco antes dos almejas, incapaces de abrirse a la persuasión del profesor, se dilataban. Sí, llegó el momento tan esperado y tan difícil! «¡Vamos, otro esfuerzo, Jane. Despierte. Se lo ordeno. Se lo mando. Se lo impongo».

—¿Dónde estoy?

Mr. Corrio dió un salto de alegría. Waldo suspiró.

...

Hawai. Sólo a su nombre el alma se estremece. Palmeras. Tulipanes. Rosas de té. La flor del loto que nace en la mañana y muere con el véspero. Canciones cargadas de nostalgia...

Noches encendidas bajo un cielo

claro y transparente. Las horas pasan sin sentir. El mar, divinamente azul, es un espejo. Sobre él, olvidados del dolor, del amor y de la muerte dando al aire el canto lamentable de sus gúzlas, los desengañados, los que murieron de amar y de soñar pasan elevando a la noche fantasmal sus armonías.

Aquí vienen las mujeres de todos los países a llenarse de poesía y de silencio. Son las derrotadas, las que sintieron deslumbramientos de pasión y vienen a vivir la hora azul sobre el azul del mar o a esconder su melancolía y su fracaso bajo las palmeras corpulentas...

Son los hombres, los hombres que llegan a enterrar una ilusión, los fracasados y los tristes.

Para todos guarda la isla sus tesoros como una promesa y un edén.

La noche cálida adormece penas y quebrantos. La noche en Hawái es la gran liberadora, la madrina cordial, sedante y comprensiva...

...

—Para ser un hombre de negocios baila usted muy bien.

—Mejor bailaría si me llamase siempre Fuller.

—¿Entonces tendré que llamarle Fuller siempre?

—Sí.

—Muy bien.

—Llámemme amado Fuller, como cuando dormía hace una hora.

—¿Cuándo me ha visto usted dormir?

—Cierto que usted no puede acordarse.

—Usted ha soñado eso.

—Quizá; pero estoy seguro que usted decía: «¡Amado Fuller!»

—El trabajo le hace ver visiones. Le convendría descansar.

—Prefiero beber algo.

Dejaron de bailar. Carol, algo excitada, condujo al millonario hacia una mesa sola que había en un lado del salón y se sentaron.

—Aquí es usted diferente a como es en la oficina.

—¿Le gusta más aquí? Pues sí: le parece no volveré por la oficina.

Fuller, temeroso, estrechó, suplicante, una de sus manos.

—¿Pretende seducirme?

—Se hace lo que se puede. Ya verá.

Por la parte de afuera los tres acreedores atisbaban. Sus sombras, proyectadas sobre la fachada del salón de té, oscilaban, poniendo una nota de aquellarre en la calle, desierta y mal alumbrada todavía.

Uno de ellos dijo:

—Vea, ahí están.

Se refería, naturalmente, al hom-

bre de negocios y a su joven secretaria.

Ni ella ni él se daban cuenta de la persecución. Fuller, sobre todo, estaba en uno de esos momentos amorosos—es decir, en su iniciación—en que nada se advierte de lo que pasa en torno nuestro.

Así, pues, ¿qué podía interesarle de lo que pasase más allá del objeto de su preferencia en tales instantes tan interesantes para él? Todo su corazón, pendiente de ella, vivía nada más que aquel momento, profundo e inefable. Una palabra de Carol por imprecisa y por trivial, era más elocuente que el baile, el té, la gente que rumoreaba estupideces, el humo blanquiazul de los cigarros que hacían la atmósfera asfixiante; y los pobres arlequines humanos—quién sabe si carne de presidio—que pisaban las piedras del arroyo.

—¿Recuerda, Carol, nuestro paseo bajo la lluvia aquella tarde?

La frase le había salido tan redonda que él mismo extrañóse.

—Hizo otro hombre de mí...

Se detuvo esperando el efecto que las dos frases la habían producido.

—No; le dió un resfriado mayúsculo.

Fuller movió la cabeza contrariado. No esperaba, en verdad, salida semejante.

—Me refería a mi despertar espiritual.

Otra pausa.

—Antes de eso me sentía como apollado por dentro. Sólo me atraía el café.

¡Otra vez el café!

Carol, irónica, exclamó:

—Entonces, lo único que le faltaba es que le tostaran.

Ciertamente, pensaba la secretaria, desilusionada de un principio así, aquel don Juan tenía bien poca inspiración. Acaso era debido a la emoción que le embargaba. ¡Qué lástima, Señor, porque era guapo y tenía una figura arrolladora!...

—Ahora, en cambio, me siento vibrante de entusiasmo.

Como era de prever, Waldo, que no perdía ripio, entró a tomar el té, uniéndose a los dos. Por consiguiente, recogió las últimas palabras iniciadoras del idilio.

Waldo miró hacia la calle y observó a los tres acreedores moviéndose en la sombra. Un frío de terror sintió correrle por el cuerpo. ¿Se atreverían a declarar a Fuller la maquiavélica combinación ideada con la complicidad de Mr. Corrio?

Fuller, realmente entusiasmado, se levantó elevando los brazos triunfalmente:

—¡Quiero reír, cantar, colgarme de los árboles!

Waldo advirtió a Carol lo que ocurría.

—Llegaron las tres plagas a tomar el té.

Se situaron cerca de los dos jóvenes dos mesas más allá. Uno de ellos sacó a bailar a una muchacha, en tanto que los otros dirigían a Waldo miradas comprometedoras y terribles.

—¿Qué dice él?—inquirió el drogiero, quien para ponerse a tono con el ambiente y el lugar, vestía un traje catastrófico y lucía un clavel reventón.

—Con el ruido no veo lo que dice—declaró el mueblista, que era miope y tenía la trompa de eustaquio estropeada.

Es de advertir que componían tres acreedores asaz considerados, tres acreedores tan románticos que sólo llamaban la atención sin armar escándalo ni comprometer al cliente moroso perseguido. Tres acreedores ideales.

Fuller exclamó:

—¿Sabe qué me recuerda su cabello?

—¡No lo diga! El café de Chamamayo.

—¡Ah, si el café pudiese tener esta fragancia!

En un instante que Fuller estaba distraído, Waldo habló al oído de Carol:

—¡Vea a esos espías! Van a echarlo todo a perder.

La noche, embrujada y sensual, habíase cernido sobre el salón de té. Había llegado la hora del amor, suave, con aromas de rosas y verbenas. Algunas parejas adormecíanse al son de una música lánguida que sollozaba en el jardín.

Un individuo de la orquesta, mezcla de rapsoda y cantor, cantó a la noche:

*Es la hora de soñar en Hawái...  
La noche tiende su manto  
mas nadie duerme...  
Los corazones anidan  
sueños de amor...  
Es la hora de soñar  
en Hawái.*

*La brisa lleva los ecos  
de un canto de amor.  
Es la hora maga de amar y soñar.  
El viento mece la palma.  
El cielo es un patio azul.  
Amor aflora en un canto.  
Los sueños forman embrujos...  
Es la hora de soñar en Hawái.  
Isla de los sueños,  
acógeme en tu verdor...  
Déjame dormir, déjame soñar...*

El canto, melancólico, perdióse entre las frondas del jardín y se extinguió en la noche ardiente y perfumada.

—A esos espías—siguió diciendo Waldo—les aguarda un buen chapparrón.



## UN BESO, UNA NOTICIA, UNA RUPTURA...

**L**A música, la noche cargada de esencias amorosas, la canción, romántica y sensual, habían prendido en el alma de Fuller nostalgias de pasión. Un loco arrebató de amar intensamente llenaba su corazón y hacía florecer entre sus labios cálidas palabras.

La proximidad de Carol le con-turbaba. No había querido nunca como entonces. La sentía tan suya, que sólo buscaba el momento deseado de hacerla su mujer resolviendo rápidamente las cuestiones legales necesarias.

—Carol, no podemos seguir de esta manera. Tendré que buscar otra secretaria.

—Usted dijo que soy insustituible.

—Ahí está lo malo.

Carol no comprendía cómo un hombre podía cambiar de tal manera.

Habían pasado la noche juntos, y ya de madrugada cada uno se retiró a su pabellón. Durmieron poco, pero eran jóvenes y a su edad una noche perdida no contaba.

Insistentes, con ánimo de cobrar a todo trance, los tres acreedores pululaban por la terraza del hotel, esperando que aquella situación se rematase de algún modo.

—No le entiendo—dijo perpleja Carol, mirándole a los ojos.

—Ni yo entiendo cómo puedo mirarla todo el día sin preguntarme a cada paso: «¿Por qué no me lanzo a besarla de una vez?»

—¿Y qué se contesta a sí mismo?



—Me digo que, por mucho que yo lo desee, quizás a usted no le agradase.

—¿Por qué no hace la prueba?

—¿Era un desafío o una promesa que le hacía? No; era una promesa. Allí estaban sus labios esperándole, diciéndole: «¿a qué aguardas, si yo también quiero besarte?»

Y la besó, ardientemente, locamente: como se besa a la mujer que va a ser nuestra esposa, poniendo en el beso todo el corazón.

—¡Está besándola! —clamó un acreedor que no dejaba de observarle.

—Vamos a buscar a ese periodista —opinó otro.

Carol, emocionada, escapóse de Fuller para esconder su felicidad lejos de él.

...

—Si yo hubiera sabido que se trataba de usted le hubiera prevenido.

Fuller dudaba. No quería aceptar burla tan infame, tan cruel. Miraba al periodista torvamente.

—¡No lo creo! Carol no es capaz de cosa semejante.

—Y yo le digo que fué una trama de los acreedores de la que ella es su partícipe.

El millonario se retorció las manos sin darse por vencido.

—Le compadezco, Fuller. Me hago cargo de los momentos que está pasando usted.

—Y bien, ¿usted cómo sabía todo eso?

—El padre de ella me debía una cantidad y los demás acreedores me informaron del plan que se traía.

—Me resisto a creerlo todavía.

—¡Allá usted!...

—¿Fué usted quien informó a la Prensa?

—No.

—Entonces fué sin duda ella.

—No cabe duda.

¡Ah! A qué grado de perversión y de vileza llega una mujer.

—Retírese, que vuelve.

¡Pobre Carol! ¡Qué ajena estaba a todo aquello! ¡Qué fejos de pensar la calumnia que estaban levantándole!

Friamente, dominando la situación en que se hallaba, haciendo callar sus sentimientos y a su atormentado corazón, Fuller la acogió con una sonrisa que pretendía ser alegre.

—¡Ah! Hola, Carol.

—Hola.

¡Impostora, taimada, estafadora, vil! ¡Mujer! Y con eso ya estaba dicho todo. ¡Aprovechada! La señorita secretaria que, sin más ni más,

quería cazar al jefe millonario. ¡Qué bonito. Y qué decente. Y qué digno en una muchacha que quería pasar por honrada y virtuosa. Claro; así, sin importarle cuatro rábanos, abandonaba su casa en pos de él, dejando a su tía que debía ser otra lagarta de cuidado.

¡Qué ciego y qué tonto había sido! Pero bueno, había que fingir.

—Tomaremos el desayuno en la terraza.

Notó en su voz un sonido extraño.

—¿No te encuentras bien?

—No, estoy perfectamente.

—Crei...

—Sí, ya sé que tengo en la voz un deje brusco. Es que dormí mal.

—Todo se debe a la excitación de ayer. ¿No crees tú?

—Seguramente.

Fuller pensaba para sí: «¿Podré evadirme del anzuelo?»

—Será una delicia desayunarnos juntos todos los días, ¿no es verdad?

—No sabes con qué impaciencia los aguardo.

—Sí, ya me lo figuro.

—¿Como no desayunes con tu tía?

Un camarero empezó a servir la mesa y abrieron un paréntesis en la conversación. Junto a la naranjada, la carne picada se ofrecía picante y olorosa y el arroz chino con cebolla, picada también, tenía una blancura

reluciente como si fuera de marfil.

Fuller, extremando sus delicadezas estudiadas, empuñó los cubiertos.

—¡Ah, arroz con cebolla!

Fuller declaró, vaciando en su plato una prudente cantidad:

—Al arroz chino sólo te aventaja, como desayuno, la carne picada con chile. ¿Gustas?

—No. Prefiero un poco de naranjada.

Pero él, que se moría por el arroz chino, insistió:

—¡Cómelo! No hay como el arroz con cebolla para empezar el día bien.

Carol denegó la invitación con la cabeza y se dedicó a la naranjada.

—¡Ah, pepinos en vinagre!

—No, gracias. Me conformo con la naranjada, Fuller.

—Como quieras.

Desayunaron; en apariencia, con gran tranquilidad. Lo que más llamaba la atención del millonario era el aplomo de Carol, la habilidad con que sostenía la comedia, sonriéndole y dando a su semblante una expresión en extremo cándida y amable.

De fijo no era la primera vez que fingía escena parecida, y por consiguiente sabía imprimirle aquella naturalidad desconcertante.

—¿Estás siempre de tan buen humor al levantarte?

Habían terminado el desayuno, y Fuller, ingerido el último bocado, se alzó de la mesa prestamente. Carol le imitó.

—Siempre. Ya verás cuando me conozcas mejor. A veces me acometen ideas rarísimas.

—¿Cómo?

—Otras soy presa de impulsos irresistibles.

Ella hizo un gesto de temor.

—¿Te desagrada?

—Claro que no. También yo a veces siento impulsos fulminantes.

—Tan fuertes como los míos no serán. Un día arrojé a un amigo mío por un puente de diez metros de altura.

—¿Que horror! ¿Y qué le pasó?

—Nada. Me eché a salvarle y le salvé.

Carol notaba que su novio iba cambiando de actitud. Sus galanteos no eran naturales ni sinceros, sus cambios repentinos en la conversación muy sorprendentes y sus miradas algo falsas.

Por fuerza ocultaba algún secreto, que ella a todo trance debía conocer.

Por decir algo, exclamó:

—Evitaré los puentes si voy en tu compañía. ¿No echaste nunca a nadie al paso de un tren?

—No, todavía no.

Fuller reflexionó después:

—Pero la idea me seduce.

—Entonces me abstendré de cruzar la vía contigo. ¿Tienes algún impulso raro que no me hayas dicho todavía?

Fuller no contestó. A comedia, comedia doble — pensaba el millonario.

Dejaron la terraza y se internaron dentro del hotel. La orquesta, ahora dedicada a la música clásica, interpretaba una composición de Gluck, preñada de añoranzas.

—¡Ah, la música! ¿A ti no te gusta nutrirte de música, querida?

—Sí, muchísimo, pero no con acompañamiento de cebolla y arroz.

Estaba cansada de tanta tontería, de tanta estupidez. Su amor, que empezó admirablemente, fracasaba. Fuller no era Fuller. Era un hombre vulgar y adocenado, un simple almacenista de café lleno de millones, sin inteligencia y sin espíritu. Mejor dicho, un espíritu cretino, tan mediocre como el de cualquier tendero neoyorquino.

Tomó una decisión.

—Voy un rato a mi cuarto.

Fuller la siguió.

Mediaba la mañana. Un sol picante, caluroso, invadía su cuarto del hotel, festoneando vivamente muebles y cortinas.

Carol, como toda mujer que pasa delante de un espejo, no pudo contener la tentación de mirarse en la luna del armario.

—Ya no me gusta este vestido.

—Mejor. Pensaba decirte que no me gustan tus vestidos.

—Pues me visten los modistos más elegantes y más caros.

—Pues te visten mal. Yo te llevaré a un modisto que puedas envanecerte de su corte.

Como todos los hombres dominantes ya empezaba Fuller a imponerse.

Quieras que no, salieron del hotel y se encaminaron a casa del modisto mejor de la ciudad. El tiempo no era, sin embargo, muy recomendable, para andar por casas de modistos. Al vivo sol picante, sucedió un vientecillo húmedo y caliente, presagador de la tormenta. El cielo se llenaba de nubes pavorosas.

Una hora después salía Carol con un vestido nuevo.

—Ahora pareces alguien—exclamó Fuller, admirándola bien a su pesar.

La calle, bajo la humedad bochornosa de la tarde, estaba peligrosa. Un barro sutil, adhiriéndose a la planta del calzado, les obligaba a andar pausadamente, temiendo resbalar a cada instante.

—¡Ah, está lloviendo! —dijo él.

Era una lluvia «calabotosa», como se dice en campos de Castilla a esa menuda que cae sin sentirse y llega hasta la piel.

—Vamos a dar un buen paseo.

—Sí, se me estropeará mi traje nuevo.

—Te compraré otro mejor aún, mujer. Ahora paseemos, que siento así como un impulso.

¿Otra vez? Ya se cansaba de aquellas tonterías. Tentada estaba de dejarle en medio de la lluvia, que por cierto empezaba a hacerse insostenible. El sombrero, último lanzamiento de la moda, gracioso garabato jeroglífico de paja entrecruzada que había llamado la atención en el hotel a las damas más caprichosas y elegantes, era una desdicha. Mojado todo él, íbase despin-tando poco a poco, había mudado de color, o, en realidad, no podría decirse qué color tenía. Empapado de lluvia, la linda cabecita de Carol recibía aquel torrente de agua que, haciéndoles estornudar continuamente, caía luego por su vestido recién acabado de estrenar.

—Si tú me quieres...

El suplicaba como suplican los hombres cuando saben que van a ser obedecidos.

—Claro que te quiero, pero... Vas a volver a resfriarte.

—Lo lamento, pero debo obede-



cer a mis impulsos.

Sin lástima de ella, complacido del sufrimiento a que la estaba sometiendo, Fuller siguió andando bajo la lluvia que aumentaba.

—¡Ah, esto es la gloria! —dijo, deteniéndose y recibiendo el chaparrón en vivo rostro.

—¿Vamos muy lejos? —inquirió la muchacha, sintiendo que sus pies no la dejaban caminar.

—No sé; quizás andemos diez o veinte millas más.

—Volveremos a nada si esto sigue así.

Se paró decidida a no seguirle en su locura, imposibilitada de ir más adelante.

—Fuller! —protestó con la voz ronca y dolorida—, ya no puedo más!

—¿Quieres que pasee solo entonces?

—¡Pasea con tu abuela!

No fué una ofensa. Carol era incapaz de una ofensa a nadie. Era un grito de su alma atormentada, la explosión de sus sentimientos en tensión, la protesta de su sensibilidad herida por un hombre banal que no merecía ni una sonrisa de sus labios.

Fuller abrió los ojos asombrado. Era gracioso por demás. Encima de la burla, los nervios. La niña era nerviosa. Una novedad que no había

descubierto en «su futura». En adelante tendría mucho cuidado donde ponía el corazón. ¡Graciosísimo!

—¿Graciosísimo? Vamos, Fuller. Hay que ser más sincero, señor mío. Usted es un señor enamorado hasta «las cachas», y eso no está bien. ¿A qué fingir que le importa a usted un bledo que le hayan engañado o no, si está usted como un cadete por Carol Rogers? Confiése usted que tiene el alma hecha ceniza, pero no venga con ese gesto de nombre superior que no le importa nada su fracaso.

—Eres colérica.

—¡Se acabaron las contemplaciones, Fuller!

—¡Las contemplaciones!... ¿Te has creído que no sé la martingala que ideaste con Waldo y con tu tía? Bien que me tomaste por tonto.

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí que lo es! Lo único que a ti te atrae es mi dinero.

Carol le hubiera cruzado la cara de una bofetada, pero la pobre no tenía fuerzas ni casi energía para hablar.

—Querías casarte conmigo a pesar de creerte loco, ¿eh? Pues no estoy tan loco como todo eso.

Carol, por toda respuesta, separóse de Fuller, emprendiendo el camino de su casa. Toda la sangre de su angustiado corazón agolpábase

sobre su rostro, y lágrimas copiosas de rabia y de dolor, surcaban sus mejillas. ¿Cómo era posible todo aquello? ¿Qué sino fatal la perseguía?

La lluvia lenta, terca, pertinaz, cayendo sobre su cuerpo deshecho de cansancio, aumentaba su desolación y su quebranto. Aquello no podía ser. ¡No debía ser! Alguien, un enemigo, un alma vil y contrahacha, uno de esos seres sin conciencia, había tramado aquella injuria. Ella era inocente, incapaz de una acción villana de tal nombre.

En qué mala hora se le ocurrió entrar de secretaria de Fuller Partridge, el millonario. ¿Su dinero?... ¿Qué le importaba a ella su dinero!

Cansada, pero haciendo un esfuerzo de suprema voluntad, resistiendo la lluvia y el dolor, cruzó calles alegres, que por serlo llenaban de más tristeza, tropezó con gentes ignoradas que se volvían al verla llorar; estuvo a punto de ser aplastada por un auto, teniendo que sufrir la mofa y el escarnio del cochero, un sujeto incivil, que se echó a reír de su infortunio...

Ya dentro de su casa, antes de llamar, empezó a llorar copiosamente.

Y eso la calmó.

\* \* \*

El millonario estuvo a punto de llamarla, pero su vanidad no le dejó.

Tuvo, sí, un impulso noble de correr detrás de la muchacha.

—Perdóname, Carol; seguramente tus enemigos y los míos han inventado esta farsa con el fin de que no podamos ser felices. Yo te quiero como no he querido nunca, con una pasión desatinada. No te vayas. ¿No ves que si me dejas ya no tendré felicidad; dejaré mis negocios en manos extrañas y no hallaré en adelante sosiego si me dejas?

Como es natural, Carol respondería:

—Te perdono, pero me has tratado como yo no merecía. ¿Qué mal te hice yo a ti? ¿Qué razón has tenido para tratarme de ese modo? Desde el punto de conocerte, sólo en ti he pensado. No me gusta el café, y para darte gusto solamente, pues me gustabas tú, me bebí todas las tazas que quisiste.

Por este camino la imaginación de Mr. Fuller se desbordaba, y arrepentido a ratos y a ratos satisfecho de su acción, tomó la dirección de su oficina.

Como otro día, la lluvia también calaba su sombrero. Su traje, como entonces, empapado, era una lástima; pero él no sentía más que la preocupación de su problema, latente cuando más pensaba en él.

Tentado estuvo de no subir a su despacho. Temía, como otras veces, siempre que se trataba de aquel asunto, que hubiera llegado a conocimiento de Waldo y los empleados de su casa.

Esta preocupación, propia de un chiquillo, dibujaba el carácter de mister Partridge. En realidad, era un chiquillo millonario, criado, como ella, en el regalo y la abundancia. La casa comercial había sido acreditada por el padre, que fué su fundador, y Mr. Fuller sólo tuvo que conservar la clientela y dar nuevos impulsos al negocio.

Aceleró el paso sintiendo que el agua persistente no aminoraba y su

sombrero era un canal. Al abrigo de un muro, bajo la marquesina de un hotel, se resguardó, creyendo que la lluvia iba a decrecer. Pasaron varios taxis y no pudo alquilar ninguno. Esperó.

Por fin aprovechó uno, que se detuvo en el hotel. Era un vehículo lamentable. Su osamenta, de hierro viejo, enmohecido, sonaba como chatarra en descomposición.

Fuller acomodóse resignadamente en uno de los ángulos, dió la dirección y se dispuso a hacer uno de esos viajes en los que no se tiene la evidencia de llegar al destino sano y salvo.

## ¡CAROL ES INOCENTE!

**L**a ruptura cayó como una bomba. Aunque el millonario trataba de dar la cuestión poca importancia, celebrando el suceso como un simple accidente de su vida, lo cierto es que le llegaba muy adentro.

Al dejarle Carol, abandonó el hotel trasladándose a su casa comercial. Tenía olvidados sus asuntos, y a pesar de la preocupación que le embargaba el ánimo, se puso nuevamente al frente de ellos, tratando de olvidar a la infeliz muchacha.

La noticia de que la boda no se consumaba había llegado a la oficina por boca de los acreedores y constituía la conversación más preferente.

—Miss Roger y Fuller se enamo-

raron al punto de verse—decía uno que se preciaba de estar bien enterado.

A lo que respondía su interlocutor:

—La primera vez que Fuller la vió temblaba de amor al mirarse en sus ojos.

—¿Cuándo se casan?

—¡Nunca!

Era Fuller que, recogiendo las últimas palabras, contestaba rotundamente y sin equívocos.

—Pretendían atraparme como a un infeliz, ¿eh? ¡Pues se llevan chasco!

Los empleados callaron repentinamente, hundiendo la cabeza en sus anotaciones.



—Ni me caso con miss Rogers ni suelto un centavo a sus acreedores. ¡No faltaba más!

\* \* \*

—¿Entonces es cierto? ¿Tramasteis burla entre todos?

Carol, frente a su tia, rojos los ojos de llorar, le pedía cuenta de su acción con la voz entrecortada y temblorosa.

—No te creía capaz de eso.

Tia Jane, alcanzando la intervención que había tenido en la farsa, hurtaba la mirada de Carol confesándose culpable y arrepentida de lo hecho.

—Lo hice por tu bien... Nada malo vi en ella.

—¿Nada malo? Por ti me veo despreciada y en ridículo. No te lo perdono. ¿Qué pensará de mí?

Serenada por el ilanto vertido, quieto el corazón, pudo reflexionar. Con qué clarividencia empezaba a comprender el cambio repentino de su novio, sus impulsos, que era un modo como otro cualquiera de fingir, sus frases incoherentes...

No obstante, sus arrebatos estaban fuera de lugar. Primero, antes de acusarla; de tomar determinación tan radical, debió de cerciorarse y no ofenderla. No, no tenía per-

dón. Por nada del mundo ya le aceptaría. Trabajaría donde fuese para levantar su casa asediada por acreedores inoportunos.

La figura de Waldo se recortó en el umbral del gabinete. Daba lástima. Enterado de la catástrofe ocurrida, temeroso de entrar, antes de decir una palabra su mirada imploraba perdón.

—Traigo malas noticias.

—¡Y yo voy a dárselas peores!

¿Qué nuevo cataclismo cerníase sobre él? Aquellas palabras de Carol, cortantes, agresivas—porque por la forma de decirlas parecían mejor una agresión—¿qué sentido oculto encerraban que él no podía comprender?

Aguardó, como el delincuente su condena, sin atreverse a dar un paso.

Tia Jane exclamó con un gesto altanero:

—Vaya a decirle a Fuller que el único autor de la idea es usted.

Waldo iba a salir, pero la tia le contuvo.

—Que Carol le quiere y no por su dinero.

—Está bien.

—Y que aunque fuese pobre se casaría con él.

Ausente del gabinete, Carol no se había enterado de tal orden.

\* \* \*

Fuller hasta se olvidó del café pensando en Carol. Este detalle da la tónica de su situación desesperada y de los tremendos momentos que vivía. Nuestro millonario —esto de «nuestro» es una hipérbola, pues si fuera así le hubiéramos pedido una participación en los negocios — tomó una decisión al mismo tiempo que el sombrero.

Esta decisión era: entrevistarse con el causante de su ruina o, por lo menos, con su promotor, en camalache con Carol, tia Jane y la legión de acreedores sinvergüenzas, que al olor de sus millones habían fabricado aquella farsa con el inocente propósito de entrar en su caudal.

Se echó a la calle. Al trasponer los muros del rascacielos donde tenía instalado su negocio, estuvo a punto de aplastar a un transeúnte, un poco más allá tropezó con el dependiente de una confitería que llevaba una bandeja de pasteles, haciéndole caer, y por fin, tan ciego iba, dióse de narices con un guardia, que dedicado al servicio público regularizaba la buena marcha de la circulación.

—¿Y el ladrón de Edigton?

Estas fueron, a guisa de saludo, sus palabras cuando irrumpiendo como una tromba en el domicilio de

Waldo, trató de encontrarse con su viejo agente en las carreras.

—Vengo con el delicado propósito de pulverizarle a tiros solamente.

Como era natural, oídas aquellas razones persuasivas, alguien dijo:

—Salíó.

—Le he dado demasiada libertad: cuando lo razonable hubiera sido decapitarle de repente.

—Lo siento, pero créame usted que no sé dónde está. Sólo sé que salió.

—Sí, pero ¿a qué? Pudo salir a comer, a beber, a cualquier cosa...

—Tal vez se haya fugado.

—¡Ah! Pues si es así, yo le encontraré. De mí no se burla nadie.

Para su desgracia, Waldo, ignorante de los propósitos de Fuller, había acudido a su casa con la intención de dar descanso a su cuerpo cansado de correr de un lado para otro.

Ver al millonario y ponerse en guardia fueron dos cosas simultáneas.

—La culpa fué mía. Ella no sabía absolutamente nada.

—Vamos, pretende que le crea.

—Tiene que creerme. Carol es inocente. Lo único que ella pretendía era trabajar y pagar las deudas de su padre.

—¿Mentira! Ella, como usted,

pretendía casarse conmigo para salir de sus apuros, pagar a sus acreedores y a usted, que es un frescales, y vivir hecha una reina. Pero la combinación, amigos, les ha salido mal.

—No tiene usted razón. Ya vió la trabajadora que era, Fuller.

—Mire, Waldo, no quiero oír una palabra más de ella.

—Si Carol anduviese tras de dinero, como cree, se hubiera casado con un multimillonario que no la dejaba a sol ni a sombra.

Fuller no quería dar su brazo a torcer.

—Y ella, que no busca dinero que sólo desea trabajar y que acepta, resignadamente, el sacrificio, gentilmente, con un gesto magnífico que pocas mujeres son capaces de sentir, le rechazó.

Fuller callaba. Sus encontrados sentimientos libraban una batalla dolorosa. Waldo, psicólogo y hombre más de mundo, empezó a entender que iba ganando la partida.

—Fuller, cerciórese bien antes de que la pierda para siempre.

—Si la culpa es de usted ¡le mato, Waldo!

—Déjelo para después de la boda,

amigo Fuller. ¡Ande, hable con ella!

¡Ah! ¡Por fin! ¡Cuánto trabajo le había costado convencerle!

Lo cierto es que Fuller, enamorado como un loco, giró el disco del teléfono y, febril, tomó el auricular.

\*\*\*

—¿Quién habla?... ¡Ah, mister Partridge!

—Oiga, Carol...

Tía Jane fingió que no le oía bien.

—No le oigo bien, Mr. Partridge. Sabe usted, están afinándome el piano.

¡El piano! ¡Vamos, hombre!... También era ocurrencia afinar el piano cuando a él se le ocurría telefonar.

—No puede negarse a hablarme. ¡Aun soy su jefe!

—Oye, Carol, dice que es tu jefe todavía.

—Trae.

Carol cogió el auricular.

—¿Cómo se atreve usted a dirigirme la palabra?

—A mí no se me chilla. ¡Pronto verá quién es el amo aquí!

Y colgó.

## Y O. PECADOR

LOS problemas del amor son muy complejos. La literatura universal, como la ciencia metafísica, ha llenado volúmenes ingentes sobre el tema, estudiando el pro y el contra, el cómo y el porqué, y aun, después de tantos siglos, no ha encontrado la solución más convincente.

Dicen que el corazón de la mujer es un arcano. Tal vez sea verdad. Pero es incuestionable, que el corazón del hombre en las cuestiones del amor semeja mucho al corazón de la mujer.

En prosa llana, el corazón de mister Fuller tenía más cambios desde que conoció a Carol Rogers que la libra esterlina, poniendo por moneda cõtizable, iba asimismo del frío

al calor con más frecuencia que un día de las postrimerias del otoño. Y en cuanto a locura, rianse ustedes de San Baudilio, Leganés y demás poblaciones recomendables para esta lamentable humanidad.

Rogándoles perdón por estas inofensibles eutrapelias, volvamos al asunto.

Disparado nuestro amigo Fuller Partridge como una bala de cañón, cayó en casa de la que hasta unas horas antes había actuado de novia y secretaria.

—¿Dónde está?

La tía Jane sonrió viendo que el negocio se liquidaba en favor suyo.

—No creo que quiera verlo, mister Fuller.

—Se trata de su trabajo nada más.



¡Qué pillín! Los hombres, cuando quieren disimular sus sentimientos, hacen muchas veces el ridículo.

—Ella debe saber dónde está un cargamento de Santos que se ha perdido en el Atlántico.

Tía Jane pensó que si el cargamento se había perdido en el Atlántico, allí debía estar.

—Ella envió la orden y es la responsable.

¡Qué pícaro! Ahora la hacía responsable.

—En ese caso, siéntese.

—Gracias. Pero volvamos a ese cargamento de café.

¡Y dale!

Carol, casualmente, apareció en el gabinete.

—Carol! Sé cuánto te he agraviado y estoy pronto a concederte las reparaciones que me exijas.

Bueno, ¿y el cargamento de café?

—Haré publicar en la prensa que la culpa es exclusivamente mía y que te negaste a casarte conmigo, vida mía.

—Pero ahora no me niego.

—¿Y te casarás conmigo, no es así?

—¿Por qué no? Si estás arrepentido, te perdono.

—¿Por qué no nos casamos mañana mismo?

—Sí, será mejor. Mañana...

¡Cosa más fácil! Para Fuller, la

señorita Carol era un muñeco. Unas horas antes: Usted, o tú, eres una impostora que viene nada más por mi dinero y ya no me caso con usted. Al otro día: Perdóname, alma mía, mañana nos casamos. ¡Qué bien! Y la dignidad de una mujer no vale un cuarto.

Indudablemente, Fuller era menos inteligente que Carol.

Un día después

—Recuerde, mister Partridge que tengo que irme de aquí a las dos.

—Viene en seguida, señor Juez.

—¿No le habrá ocurrido algo?

—No tema, que todo saldrá bien. Hasta traje dos anillos en previsión, por si uno se perdía.

Pasó el tiempo y Carol no comparecía. Aquello era inaudito.

—Ya se retrasa más de una hora, mister Partridge. ¿Qué dijo cuando habló usted con ella por teléfono?

—Jane me dijo que salían dentro de un instante.

—Carol siempre fué puntual. Mas vale que llame otra vez.

Se puso al aparato e hizo que Waldo preguntara, como testigo de la boda.

—¿Eh?

Una voz respondió.

—No, mister Edington. Hace cinco minutos que salieron.

¡Tableau!

\*\*\*

—¿Al barco? ¿A qué barco?

—Al «Queen Mary».

—¿Estás segura?

La doncella asintió.

\*\*\*

Tía Jane corría en pos de Carol, desalentada.

—¡Eres una rebelde! ¿De veras quieres irte?

—No me queda otra solución.

—Mira que pisoteas tu felicidad por el gustazo de una venganza ruin.

—No me interesa lo que digas.

—Piénsalo. Todavía puedes volverte atrás.

—No se hable más del asunto, tía Jane.

Un automóvil. Carol que sube en él. Conduce de tal modo, que salva los obstáculos con tal pericia, que la gente, asombrada, se detiene. Para ella, fija en su idea de huir, no hay guardias, ni códigos, ni leyes que regularicen la circulación por la ciudad.

Es una tromba.

## CASADOS... ¡Y A VIVIR!

**E**l coche! ¡Pronto!

La noticia había llegado a conocimiento de Fuller casi al mismo tiempo que Carol subía a su automóvil.

En su vida había sufrido viaje más accidentado. Tomaba una curva y un camión que, poniéndose delante, le obligaba a hacer un viraje prodigioso; más allá, un coche de

turismo, saliendo de una calle como una exhalación, le hacía funcionar los frenos antes de romperse la cabeza; de pronto, el policía que levantaba el brazo para que la gente circulase...

—Sólo le faltan diez minutos si quiere embarcar—oyó que le decían.

Y luego, estando a punto otra vez

de hacerse cisco contra otro coche que cruzó:

—¿Y quién te manda detenerse?

—Eso digo yo a usted.

¿Fue un milagro? Tal vez. El caso es que llegaba cerca del muelle, cuando otro coche, que pasó rozando con el de él, hubo de pararse.

¡Carol!

—¡Ah, mi prometida! ¿Qué haces aquí? Recuerda que hoy es nuestra boda.

—Por eso precisamente me voy a París.

—Yo voy contigo.

—¡Oh, no! No quedan camarotes.

—Iré en el tuyo.

—No estamos casados.

—Eso no tiene importancia, vida mía.

—Fuller, voy a perder el barco. ¡Déjame!

Fuller la hizo saltar del coche ante el temor de que el barco pertiese, y echaron a correr. Carol trataba de soltarse de su mano.

—¡Déjame! ¡Te odio! ¡Te aborrezco! ¡Déjame!

Así, indignada, el peinado un poco deshecho por la brisa del mar, Carol parecía más bonita.

El «Queen Mary», más allá de la escalera del puerto, mostraba su silueta transatlántica y su gallardía de bello paquebote. Las banderas, alegres, flameaban en la mañana

clara, reventante de sol y el agua brillante, agitada por un aire leve y dulce fingía cabrilleos.

—No quiero, Carol.

El remolcador, sobre el cual el pasaje se agitaba con la esperanza de partir, balanceábase. Era una multitud compacta, agrupada con el solo fin de divertirse en Europa y olvidar la vida fatigosa de Nueva York y el mareamiento de sus avenidas y sus rascacielos imponentes.

—Te odio! ¡Déjame!

Carol, en vano, trataba de desprenderse de su novio, forcejeando inútilmente.

—No te quiero.

—Anda, sube.

—¿Es éste otro de sus impulsos, mister Fuller?

—¿Te disgusta?

—No.

Fue un no de impotencia, de abandono de sus energías materiales en entrega de sus sentimientos amorosos, uno no que sonó en el corazón del millonario como una campana de plata y de cristal.

Fuller descubrió al juez de paz. En un instante, como acostumbraba resolver todos sus asuntos, presentó a su prometida, rogando que les casase antes de salir.

—No hay tiempo que perder. ¡Cásenos!

La gente no dejaba oír. El juez,

alzando la voz, preguntóles las frases de ritual.

—Mister Fuller Partridge, ¿quiere usted por esposa a miss Carol Rogers?

—¿Eh?

—Usted diga que sí.

—¡Sí!

—Perfectamente. Miss Carol Rogers, ¿quiere usted por esposo a mister Fuller Partridge?

—¿Cómo?

—Tú dices que sí.

—¡Sí!

De súbito viéronse sorprendidos por tía Jane y Waldo.

—¿De dónde salís?—preguntó la recién casada, alegremente.

—Del matrimonio, hija, y nos dirigimos, como vosotros, a París.

—¿Del matrimonio?

Fuller no salía de su asombro.

—¡Pero si nos acabamos de casar!—exclamó Waldo mirando amorosamente a Jane.

Pero el remolcador había emprendido la partida, y la gente prorrumpió en una exclamación.

El juez de paz tocó el brazo a Fuller.

—¿Me permite? Mi cuenta, mister Fuller.

—¡Ah!

Pagó.

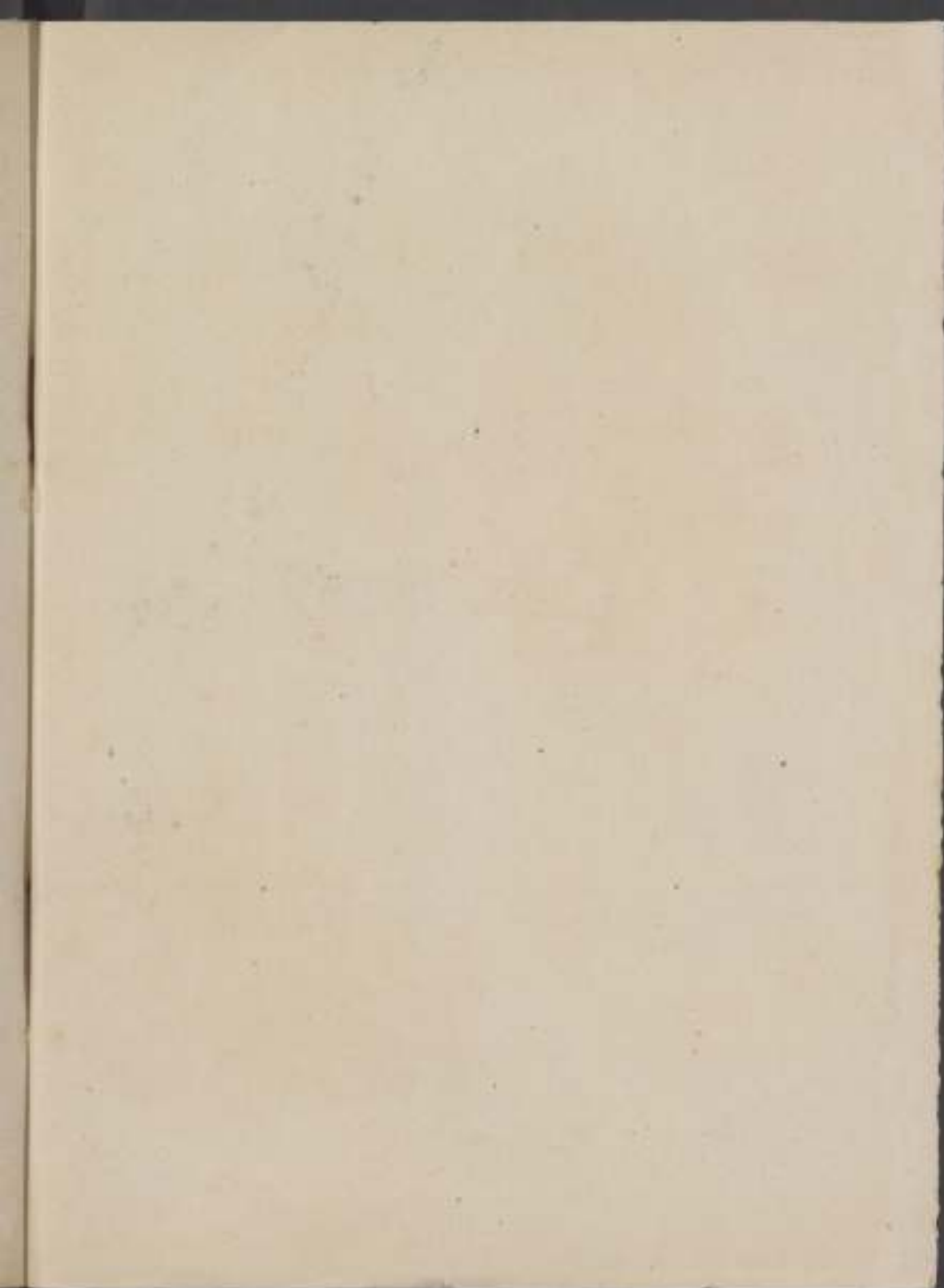
—Que en adelante le salgan bien todas las cuentas.

El juez inclinóse, agradecido.

Las chimeneas del «Queen Mary» despedían un humo blanco como volutas de algodón.

FIN







2.<sup>50</sup> Ptas.

